LIBRO dot.com

EL HOMBRE QUE CORROMPIÓ HADLEYBURG

MARK TWAIN



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Sucedió hace muchos años. Hadleyburg era la ciudad más honrada y austera de toda la región. Había conservado una reputación intachable por espacio de tres generaciones y estaba más orgullosa de esto que de cualquier otro bien. Estaba tan orgullosa y se sentía tan ansiosa de perpetuarse, que empezó a enseñar los principios de la honradez a los niños desde la cuna, e hizo de esta enseñanza la base de su cultura durante todos los años de su formación. Como si esto no fuera suficiente, en los años que duraba su formación, se apartaban las tentaciones del camino de la gente joven, para consolidar su honradez y robustecerla y que de esta forma se convirtiera en parte integrante de sus mismos huesos. Las ciudades vecinas, celosas de este honrado primado, simulaban burlarse del orgullo de Hadleyburg diciendo que se trataba de vanidad, pero se veían obligadas a reconocer que Hadleyburg era realmente una ciudad incorruptible y, si se las apremiaba, reconocían también que el hecho de que un joven procediera de Hadleyburg era una recomendación suficiente cuando se iba de su ciudad natal en busca de un trabajo de responsabilidad.

Pero, al fin, con el correr del tiempo, Hadleyburg tuvo la mala suerte de ofender a un forastero de paso, quizá sin darse cuenta, de seguro sin ninguna intención, ya que Hadleyburg, totalmente autosuficiente, no se preocupaba de los forasteros ni de sus opiniones. Sin embargo, le habría convenido hacer una excepción, al menos en ese caso, ya que se trataba de un hombre cruel y vengativo. Durante un año, en todas sus correrías, no consiguió que se le fuera de la cabeza la ofensa recibida y dedicó todos sus ratos de ocio a buscar una satisfacción que le compensara.

Urdió muchos planes; todos le parecieron buenos, pero ninguno lo suficiente devastador: el más modesto afectaba a muchísimos individuos pero aquel y hombre buscaba uno que castigase a toda la ciudad, sin que se escapara nadie.

Por fin tuvo una idea afortunada, y su cerebro se iluminó con una alegría perversa. Inmediatamente comenzó a maquinar un plan, diciéndose: ..Esto es lo que debo hacer: corromper a la ciudad».

A los seis meses fue a Hadleyburg y llegó en un carricoche a la casa del viejo cajero del banco, alrededor de las diez de la noche. Sacó del carricoche un talego, se lo echó al hombro y, después de haber atravesado tambaleándose el patio de la casita, llamó ala puerta. Una voz de mujer le dijo que entrara y el forastero entró y dejó su talego detrás de la estufa del salón, diciendo con cortesía a la anciana señora que leía El Heraldo del misionero ala luz de la lámpara:

-Le ruego que no se levante, señora. No la molestare. Eso es... Ahora el talego está bien guardado. Difícilmente se sospecharía que está aquí. -¿Puedo ver a su marido un momento?

-No, el cajero se ha ido a Brixton y posiblemente no regresará hasta mañana..

-Es igual, señora, no importa. Sólo deseaba que su marido me guardara este talego, para que se lo entregue a su legítimo dueño cuando lo encuentre. Soy forastero; su marido no me conoce; esta noche estoy simplemente de paso en esta ciudad para arreglar un asunto que tengo en la cabeza desde hace tiempo. Ya he realizado mi trabajo y me voy satisfecho y algo orgulloso; usted nunca volverá a verme. Un papel atado al talego lo explica todo. Buenas noches, señora.

La anciana señora, asustada por el corpulento y misterioso forastero, se alegró mucho al ver que se marchaba. Pero, roída por la curiosidad, se fue sin perder tiempo al talego y echó mano al papel. Empezaba con las siguientes palabras:

PARA SER PUBLICADO: a no ser que se encuentre al hombre adecuado con una investigación privada. Cualquiera de esos métodos servirá. Este talego contiene monedas de oro que pesan en total ciento sesenta libras y cuatro onzas...

-¡Dios misericordioso! -¡Y la puerta no está cerrada con llave!

La señora Richards voló temblando hacia la puerta y la cerró con llave; luego bajó las cortinas de la ventana y se detuvo asustada, inquieta y preguntándose si podía hacer alguna otra cosa para que estuvieran más seguros ella y el dinero. Escuchó un poco para ver si rondaban ladrones; luego se rindió ala curiosidad y volvió a la lámpara para acabar de leer el papel:

Soy un forastero y pronto volveré a mi país para quedarme allí definitivamente. Estoy agradecido a los Estados Unidos por lo que he recibido de sus manos durante mi larga permanencia bajo su bandera; y, particularmente, le estoy agradecido a uno de sus ciudadanos un ciudadano de Hadleyburg por un gran favor que me hizo hace un par de años. En realidad, por dos grandes, favores. Me explicaré. Yo era ten jugador empedernido. Digo que era. Un jugador arruinado. Una noche llegué a esta cuidad hambriento y sin un penique. Pedí ayuda en la oscuridad; me avergonzaba mendigar a la luz del día. Pedí ayuda al hombre adecuado: aquel hombre me dio veinte dólares, mejor dicho, la vida, así lo entendí yo. También me dio la fortuna: porque merced a ese dinero me volví rico en la mesa de juego. Y, finalmente, una observación que me hizo no me }ha abandonado desde entonces y, en definitiva, me ha dominado; y, al dominarme, ha salvado loque quedaba de mi moral: no volverte a jugar. Ahora bien... No tengo la menor idea de quién era ese hombre, pero quiero encontrarlo y darle este dinero para que lo tire, se lo gaste o se lo guarde, como prefiera. Ésta es, simplemente, mi manera de demostrarle mi gratitud. -Si pudiese quedarme, lo buscaría yo mismo; pero no importa, aparecerá. Ésta es una ciudad honrada, una ciudad incorruptible, y sé que mi confianza encontrará una respuesta. Ese hombre puede ser identificado por la observación que me hizo; estoy seguro de que él la recordará. f Y, ahora, mi plan es éste. si usted prefiere realizar la investigación deforma privada, hágalo.

Cuente el contenido de este papel a cuantos tengan apariencia de ser el hombre buscado. -Si contesta: no soy el hombre: la observación que hice fue así y asía, use la discreción, o sea, abra el talego y encontrará un sobre lacrado que contiene el texto de la frase. -Si la observación mencionada por el candidato coincide con ésta, déle el dinero y no le boga más preguntas, porque se trata sin duda del .hombre buscado.

Pero, si prefiere una investigación pública, publique el contenido de este papel en el periódico local, añadiendo las siguientes instrucciones: En el plazo de treinta días el candidato deberá comparecer en el ayuntamiento a las ocho de la noche (el viernes, entregar su, frase, en sobre cerrado, al reverendo Burgess (si éste tiene la bondad de intervenir); entonces el reverendo Burgess romperá el sobre lacrado que hay en el talego, lo abrirá y comprobará si la frase es correcta. -Si lo es, deberá entregársele el dinero, con mi sincera gratitud, u mi benefactor, así identificado.

La senora Richards se echó a reír con un dulce temblor de excitación y pronto se quedó embelesarla en sus pensamientos, pensamientos de este tipo: «-¡Qué extraño es todo!...

-¡Y qué fortuna para ese hombre bueno que dejó a la deriva su pan sobre las aguas!...

-¡Si hubiese sido mi marido el que lo hico! -¡Somos tan pobres!... -¡Viejos y pobres ...

!»Luego, con un suspiro, pensó:

«Pero no ha sido mi Edward, él no ha dado veinte dólares a un desconocido. Es una lástima, por otra parte. Ahora lo entiendo .....

Y, estremeciéndose, concluyó sus reflexiones: ..Pero es el dinero del jugador.. -¡Las ganancias del pecado! No podríamos cogerlo. No podríamos tocarlo. No me gusta estar cerca de él; parece que me mancha. La señora Richards se sentó en un sillón más alejarlo...

Ojalá viniese Edward y se lo llevara al banco. En cualquier momento podría venir un ladrón. Es horrible estar aquí a solas con el dinero.»A las once llegó el señor Richards y, mientras su esposa le decía: «-¡Cuánto me alegro de que hayas ve i nido! , él manifestaba: Estoy cansado, cansadísimo. Es terrible ser pobre y tener que hacer estos viajes tan pesados a mi edad. Siempre en el molino, en el molino, en el molino .... por cuatro centavos..., esclavo de otro hombre, que está sentado tranquila _mente en su casa, en pantuflas, rico y cómodo..

-Lo siento mucho, Edward... Lo sabes muy bien. Pero consuélate. Tenemos nuestro sueldo, nuestra buena reputación.

-Sí, Mary. Y eso es lo fundamental. No hagas caso de mis palabras: sólo ha sido un momento de irritación, y no significa nada. Dame un beso...

-Eso es. Se me ha pasado ya y no me quejo.

-¿Qué es eso?

-¿Qué hay en ese talego?

Entonces su esposa le contó el secreto. Esto aturdió a Richards durante un momento. Luego dijo:

-¿Eso pesa ciento sesenta libras? Pero Mary...

-¡Entonces contiene cuarenta mil dólares!

-¡Imagínate!

-¡Una fortuna! No hay diez hombres en esta ciudad que tengan tanto. Dame el papel.

Lo examinó superficialmente y dijo:

-¡Qué aventura! En realidad parece una novela: una de las cosas imposibles que se leen en los libros y nunca suceden en la vicia real.

Ahora se sentía excitado, lleno de animación, hasta alegre. Le dio a su vieja esposa una palmadita en la mejilla y dijo jovialmente:

Somos ricos, Mary... Bastara con que enterremos el dinero y quememos los papeles. -Si algún día viene el jugador para enterarse, nos limitaremos a mirarlo con frialdad y le diremos: «-¿Qué tontería nos está diciendo? Nunca hemos oído hablar de usted ni de su talego de oro... Y entonces el hombre se nos quedará mirando con aire estúpido y...

-Y, mientras sigues diciendo estupideces, el dinero sigue aquí y se acerca la hora de los ladrones.

-Es verdad. Bueno... -¿qué se puede hacer?

-¿Hacer una investigación privada? No, no, estropearía el aspecto novelesco de la historia. El comunicado público es mucho mejor.

-¡Imagínate el ruido que hará! Y tendrán celos las otras ciudades: pues ningún forastero le confiaría semejante encargo a una ciudad que no fuese Hadleyburg, y ellos lo saben. -¡Qué propaganda para Hadleyburg!

-¡Es mejor que vaya inmediatamente al periódico o llegaré tarde!

-Para, para...

-¡No me dejes sola aquí con esto, Edward!

Pera el señor Richards se había marchado. Aunque por poca tiempo. Cerca de su casa se encontró con el editor propietario del periódico, le dio el documento y le dijo:

-Aquí tiene algo bueno, Cox... Publíquelo.

-Quizá sea demasiado tarde, señor Richards, pero lo intentare.

De regreso a su casa, el cajero y su esposa se sentaron paro volver a discutir sobre el seductor misterio: no tenían ganas de dormir. El primer interrogante era: «-¿Quién sería el ciudadano que le había dado los veinte dólares al forastero?», La respuesta parecía sencilla; ambos contestaron al unísono:

-Barclay Goodson.

-Sí elijo Richards. Puede haber sido Barclay, tenía ese talante. No hay otro hombre parecido en la ciudad.

-Todos admitirán eso, Edward. Lo admitirán, en privado al menos. Desde hoce seis meses la ciudad ha vuelto a ser la de siempre: honrada, mezquina, austera y tacaña.

Así la llamó siempre Barclay hasta el día de su muerte; y lo dijo en público también.

-Sí; y lo aborrecieron por eso.

-Oh... Desde luego. Pero no le importó. Creo que fue el hombre más odiado de la ciudad, si exceptuamos al reverendo Burgess.

Bueno, Burgess se lo merece. Aquí no tiene nada que hacer. Esta ciudad, por pequeña que sea, piensa. Edward -¿no te parece extraño que el desconocido haya designado a Burgess para entregar el dinero?

-Sí. Extraño Es decir , es decir…

-¿Es decir qué?

-¿Lo habrías elegido tú?

-Mary, quizá el forastero conozca a Burgess mejor que nosotros.

-¡Este asunto le hace un buen servicios! El marido se quedó perplejo buscando una réplica; la esposa lo miró fijamente, esperando. Por fin, Richards dijo, con la vacilación de quien hace una declaración que va a suscitar dudas:

-Mary, Burgess no es un hombre malo.

-Su esposa se sintió sorprendida.

-¡Tonterías! exclamó.

Burgess no es un hombre malo. Lo sé. Toda su impopularidad viene de un solo hecho... que causó mucho alboroto.

-¡Un solo hecho!

-¡Como si ese hecho no fuese suficiente! Suficiente, suficiente. Sólo que no era culpa suya.

-¡Qué ocurrencia!

-¿Que no fue culpa suya?

-¿Cómo lo sabes?

-Mary, te doy mi palabra... es inocente.

-No puedo creerlo, no te creo.

-¿Cómo lo sabes?

-Es una confesión. Me avergüenza hacerla, pero la liaré. Soy el único hombre que conocía su inocencia. Pude haberle salvado y... y... y... bueno, ya sabes que excitada estaba la ciudad. No tuve la valentía de hacerlo. Todos se habrían vuelto contra mí. Me sentí despreciable, tan despreciable... Pero no me atreví. No tuve la valentía necesaria para hacerlo.

Mary parecía turbada y calló durante un rato. Luego dijo, tartamudeando:

-Yo..., yo no creo que te hubiese convenido decir que... que... No se debe... desafiar a la opinión pública... Hay que estar muy atentos... muy...

El camino era difícil y la señora Richards se atrancó, pero al poco rato reanudo el recorrido.

-Fue una lástima, pero... No podíamos permitirnos eso, Edward... Es verdad que no podíamos.

-¡Oh, yo no te habría dejado hacerlo de ninguna manera!

-habríamos perdido la buena opinión de tanta gente, Mary... Y además... y además...

-Lo que me preocupa ahora es saber qué piensa él de nosotros, Edward.

-¿Él? Él no sospecha ni siquiera que yo habría podido salvarlo.

-¡Ah! exclamó la esposa con tono de alivio.

-¡Cuánto me alegra! Mientras no sepa que pudiste salvarlo, él... él... Bueno, eso está mucho mejor. Debí imaginar que Burgess no sabía nada, porque siempre se muestra muy cordial con nosotros por el apoyo que le dimos. La gente me lo ha reprochado más de una vez. Los Wilson, los Wilcox y los Harkness sienten un mezquino placer al decir: Vuestro amigo Burgess, porque salen que eso me irrita. Preferiría que Burgess no insistiese en su simpatía por nosotros. No sé por qué insiste.

-Puedo explicártelo. Se trata de otra confesión. Cuando el asunto aún estaba fresco y la ciudad quería liberarse de él, la conciencia me afligía tanto que no pude soportarlo y fui a verlo a escondidas y le conté todo. Por este motivo él se marchó de la ciudad hasta que pudo volver sin correr peligro.

-¡Edward!

-Si la gente supiera...

-¡No digas eso! Aún me asusta pensarlo. Me arrepentí apenas lo hice; y no te he dicho nada por miedo de que alguien me pudiera traicionar. Esa noche no pude dormir de lo preocupado que estaba. Pero a los pocos días me di cuenta de que nadie sospechaba de mí, y entonces me alegré de haberlo hecho. Y cada día estoy más contento, Mary... cada día más contento.

-También yo ahora, porque habría sido espantoso que le hicieran eso a Burgess.

-Sí. Me alegro. Porque se lo debías. Pero... -¿y si se descubriera algún día, Edward?

-No se descubrir.

-¿Por qué?

-Porque todos creen que fue Goodson.

-¡Naturalmente!

En efecto. Y desde luego a Goodson no le importaba. Convencieron al pobre viejo Sawlsberry para que le echara la culpa, y fue con aire fanfarrón y lo hizo. Goodson lo miró de arriba abajo, como si buscara en él el lado más despreciable, y le dijo:

-¿De modo que es usted el Comité de Investigación?...

-¿no?» Sawlsberry dijo que él era eso, poco más o menos. Hum.

-Necesitan detalles o supone usted que bastará con una respuesta de carácter genético. «-Si necesitan detalles, volveré, señor Goodson; choro basta que me dé una respuesta genérica «Perfectamente. Entonces dígales que se vayan al infierno. Creo que eso es bastante genérico. Y le daré un consejo, Sawlsberry; cuando venga en busca de detalles, traiga una cesta para echar lo que quede de usted.». Eso era muy típico de Goodson. Tiene todas sus características. Sólo tenía un motivo de vanidad: creía poder dar un consejo mejor que cualquiera otra persona.

Eso liquidó el asunto y nos salvó, Mary. Ya no se ha vuelto a tocar el tema.

Bendito sea... No dudo de eso.

Luego los Richards volvieron a abordar el misterio del talego con acentuado interés. Pronto la conversación comenzó a sufrir interrupciones, intervalos causados por abstraídos pensamientos. Los intervalos se volvieron cada vez más frecuentes. Por fin Richards se perdió totalmente en sus meditaciones. Se quedó sentado, contemplando el piso con aire vago y, poco a poco, empezó a subrayar sus cavilaciones con pequeños movimientos nerviosos de las manos, que parecían revelar irritación. Mientras tanto, su esposa había vuelto a sumirse también en caviloso silencio y sus movimientos estaban empezando a revelar un turbado desconsuelo. Finalmente Richards se puso de pie y empezó a pasearse sin sentido por el aposento, pasándose los dedos por entre el cabello como un símbolo que acaba de sufrir una pesadilla. Entonces pareció que había tomado una decisión; y, sin decir una palabra, se puso el sombrero y salió rápidamente de casa. Su esposa se quedó sentada, cavilando, el rostro contraído, y no pareció ad venir que estaba sola. De vez en cuando murmuraba: «No nos empujes a la tent.., pero... pero... -¡somos tan pobres!... No nos empujes a...

-¡Oh!

-¿A quién le causaría daño eso? Y nadie lo sabría jamás... No nos empujes Su voz se apagó en murmullos. A1 poco rato levantó los ojos y murmuró con aire a medias asustado y a medias contento:

-¡Se ha ido! Pero querido... Quizá es demasiado tarde demasiado tarde Quizá no Quizá hay tiempo aún..

-Se levantó y se quedó pensando... enlazando y desenlazando las manos. Un leve temblor estremeció su cuerpo, y dijo con la garganta reseca:

-Que Dios me perdone... Es horrible pensar en estas cosas, pero... -¡Dios mío! -¡Qué raros somos! -¡Qué raros somos!

Atenuó la luz, se deslizó furtivamente hacia el talego y se arrodilló junto a él y tanteó sus acanalados costados con las manos y los acarició afectuosamente; y en sus viejos ojos brilló una luz de avaricia. Tuvo instantes en los que no recordaba nada y emergió de ellos para murmurar:

-¿Si, al menos, hubiéramos esperado! -¡-Si hubiéramos esperado un poco, sin tanta prisa!»Mientras tanto Cox bahía vuelto a su casa y contado a su esposa el extraño suceso; ambos lo habían discutido con vehemencia y estaban de acuerdo en que el difunto Goodson era el único hombre de la ciudad capaz. de ayudar a un forastero en apuros con la bonita cantidad de veinte dólares. Luego hubo una pausa y los dos se quedaron pensativos y sumidos en silencio. Y, a intervalos, se mostraban nerviosos e inquietos. Finalmente la esposa dijo, como para sí:

-Nadie conoce este secreto fuera de los Richards... y de nosotros... Nadie.

El marido salió de su ensimismamiento con leve sobresalto y contempló con aire meditativo a su mujer, cuyo rastro se había vuelto muy pálido. Luego se levantó titubeando y miró furtivamente su sombrero y después a su esposa .... una suerte de muda interrogante. La señora Cox tragó saliva un par de veces, la mano sobre la garganta y, en vez de hablar, hizo un gesto de asentimiento. Un momento después, se quedó sola y murmurando para sí.

Ahora Richards y Cox recorrían presurosamente las calles desiertas, desde direcciones opuestas. Se encontraron, jadeantes, al pie de la escalera de la imprenta: allí, bajo el resplandor de la luz artificial, se leyeron mutuamente sus rostros. Cox murmuró: Nadie sabe esto fuera de nosotros?

La susurrada respuesta fue:

-¡Ni un alma..., palabra! -¡Ni un alma!

-Si no es demasiado tarde para...

Ambos empezaron a subir por la escalera; en ese momento les alcanzó un chico, y Cox le preguntó:

-¿Eres tú, Johnny?

-Sí, señor.

-No hace falto que envíes el correo de la mañana... ni ningún correo. Espera mis órdenes. El correo ha sido despachado ya, señor.

-¿Despachado? En esta palabra se percibía una indeleble decepción.

-Sí, señor. El horario para Brixton y las otras ciudades ha cambiado hoy, señor..., y he tenido que enviar el correo veinte minutos antes de lo habitual. Tuve que darme mucha prisa; si hubiera tardado dos minutos...

Los dos hombres se volvieron y se alejaron lentamente, sin esperar el resto. Ninguno habló durante diez minutos; luego Cox dijo con tono irritado:

-No comprendo por qué se apresuro usted tanto, Richards.

La respuesta fue bastante humilde:

-Me doy cuenta ahora, pero no sé por qué no me la di hasta que fue demasiado tarde. La próxima vez,

-¡Al diablo con la próxima vez! No volverá a presentarse en mil años.

Los amigos se separaron sin darse las buenas noches y se dirigieron a sus casas con arrastrado andar de hombres mortalmente heridos. Al llegar a sus hogares, sus esposas se levantaron de un salto con un ansioso: ¿Y qué?» Luego leyeron la respuesta en los ojos de sus maridos y se desplomaron sobre sus sillones, sin esperar a que se lo dijeran. En ambas casos siguió una discusión acalorada, algo nuevo; en otras ocasiones se había discutido, pero sin acaloramiento, sin malas palabras. Esa noche las discusiones parecían plagios la una de la otra. La señora Richards dijo:

-Si hubieses esperado un poco, Edward...; si lo hubieses pensado. Pero no... Tuviste que ir corriendo al periódico y divulgarlo por todas partes.

El papel decía que debía publicarse.

Eso no significa nada. También decía que podía hacerse una investigación privada, si lo preferías.

-¿Es verdad o no?

-Sí, es verdad. Pero, cuando pensé en el revuelo que se produciría y en el honor que significaba pura Hadleyburg que un forastero depositase tanta confianza en ella...

-Oh, sí, sé todo eso, pero, si lo hubieras pensado un poco, te habrías dado cuenta de que no podías encontrar al hombre, porque está en la tumba y no dejó ni parientes, ni hijos ni perros; y, visto que a fin de cuentas el dinero iría a parar a manos de alguien que tenía muchas necesidades y que no perjudicaría a nadie, y...

La señora Richards se echó a llorar. Su marido, buscando algo que pudiera consolarla, le dijo:

-Después de todo, Mary, quizá sea mejor así.

-¡Vete a saber! Quizá todo estaba predestinado...

-¡Predestinado! Oh... Todo está predestinado cuando una persona se da cuenta de que ha sido estúpida.

-Sí, estaba también predestinado que el dinero viniera a nuestras manos de esta forma especial y tú decidieras entrometerte en los planes de la Providencia... Quién te dio derecho

a hacerlo? Algo malvado, eso es todo... Fue, simplemente, un engreimiento blasfemo que no le cuadraba ya a un modesto y humilde profesor de...

-Pero, Mary... Tú sabes qué educación nos han dado, como a todos los demás; ha llegado a ser en nosotros una segunda naturaleza el no pararnos ni un momento a pensar cuando hay que hacer algo honrado...

-Oh, ya !o se, ya lo sé... Ha sido un sempiterno adiestramiento, adiestramiento, más adiestramiento en materia de honradez..., de honradez escudada, desde la propia cuna, contra las tentaciones posibles y, por lo tanto, honradez artificial y débil como el agua al llegar la tentación, según hemos visto esta noche. Dios sabe que nunca tuve sombras de una viuda sobre mi petrificada e indestructible honradez hasta ahora; y ahora, bajo el impulso de la primera grande y auténtica tentación, Edward, yo..., yo, Edward, creo que la honradez de esta ciudad está tan podrida como la mía, tan podrida como la tuya. Se trata de una ciudad mezquina, cruel, avara, sin más virtud que esta honradez tan célebre y de que tanto se enorgullece. Por eso, Dios me ayude, creo que, si llega un día en que la honradez se ve sometida a una gran tentación, su fama se desplomará como un castillo de naipes. Ahora que me confieso me siento mejor: me he engañado y lo he hecho siempre sin darme cuenta. Que ningún hombre vuelva a llamarme honrada; no quiero serlo. Yo... Bueno, Mary..., yo pienso poco más o menos como tía. -¡Además, me parece tan raro, tan absurdo! Yo nunca lo habría creído... Nunca.

Siguió un largo silencio; ambos estaban sumidos -¡en sus pensamientos. Finalmente la esposa levantóla vista y dijo:

-Sé en qué estás pensando, Edward.

Richards tenía un aire turbado de hombre atrapado.

-Me avergüenza confesarlo, Mary, pero ¿qué más da, Edward. Yo estaba pensando en lo mismo.

-Estoy seguro. Dime.

Estabas pensando en qué bueno sería si alguien pudiese adivinar cuál, fue la indicación que le hizo Goodson al desconocido.

-Pues es verdad. Me siento culpable y avergonzado.

-¿Y tú?

-Se me ha pasado ya. Preparémonos un jergón aquí; tenemos que montar la guardia hasta que se abra por la mañana el banco pira poder entregar el talego...

-¡Oh, querido, querido!

-Si no hubiésemos cometido ese error!

Prepararon el jergón y Mary dijo:

-¿Cuál podrá ser el «sésamo, ábrete..? Me pregunto cuál podrá ser la indicación... Pero, ahora, vamos acostarnos.

-¿Y a dormir?

-No. A pensar.

-Sí. A pensar.

A estas alturas los Cox habían terminado ya su discusión y se habían reconciliado y se estaban dedicando a... a pensar, a pensar y a agitarse y a desasosegarse y a cavilar inquietos sobre la indicación que podía haberle hecho Goodson al necesitado forastero, esa indicación de oro, la indicación que valía cuarenta mil dólares efectivos.

La razón de que la oficina telegráfica del pueblo permaneciese abierta más tarde que de costumbre era que el encargado de la imprenta en que se hacía el periódico de Cox era el representante local de la "Associated Press". Podría decirse que era su corresponsal

honorario, ya que no lograba ni cuatro veces al año enviar treinta palabras aceptables. Pero esta vez las cosas fueron distintas. Su despacho comunicando el coso obtuvo una respuesta inmediata:

«MANDE TODO... CON TODO DETALLE... MIL DOSCIENTAS PALABRAS»

-¡Una orden colosal! El encargado le dio cumplimiento y fue el hombre mas orgulloso del Estado. A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, el nombre de Hadleyhurg, la incorruptible, estaba en labios de toda la gente de los Estados Unidos, desde Montreal hasta el Golfo de México, desde los ventisqueros de Alaska hasta los bosquecillos de naranjos de Florida: millones y millones de personas discutían el caso del forastero y su talego de oro y se preguntaban si aparecería el hombre buscado y confiaban en conocer pronto..., inmediatamente, nuevas noticias sobre el particular.

II

La ciudad de Hadleyburg se despertó célebre, asombrada, feliz, orgullosa. Indescriptiblemente orgullosa. Sus diecinueve ciudadanos más importantes, acompañados de sus esposas, empezaron a estrechar manos, sonrientes, radiantes, felicitándose mutuamente y diciendo que este asunto añadía una nueva palabra al diccionario Hadleyburg sinónimo de incorruptible que estaba destinada a vivir en los diccionarios eternamente. Y los ciudadanos más humildes, los más modestos y sus esposas caminaban por la ciudad y se comportaban de manera muy parecida. Todos corrían al banco a ver el talego de oro, y, antes del mediodía, desde Brixton y las ciudades vecinas, comenzó allegar una multitud triste y envidiosa. Y esa tarde y al día siguiente comenzaron a llegar de todas partes reporteros para comprobar la existencia del talego y su historia y reescribir el asunto.

E hicieron arbitrarias descripciones del talego y de la casa de Richards y del banco y de la iglesia presbiteriana y de la iglesia baptista y de la plaza pública y del ayuntamiento, donde se realizaría la prueba y se entregaría el dinero, e hicieron detestables retratos de los Richards y del banquero Pinkerton y de Cox y del administrador y del reverendo Burgess y del cartero..., y hasta de Jack Halliday, el vagabundo, el simpático holgazán, cazador y pescador furtivo, amigo de los niños y de los perros extraviados. El pequeño Pinkerton, zalamero y de estúpida sonrisa, mostraba el talego a los recién llegados y se frotaba complacido las suaves palmas de las manos y se explayaba sobre la hermosa y antigua reputación de honradez de la ciudad y sobre la maravillosa confirmación de la misma, y manifestaba su creencia de que el ejemplo se difundiría ahora por toda la geografía del mundo norteamericano y habría hecho época en la historia de la regeneración moral de la humanidad. Y así sucesivamente.

A1 cabo de una semana todo había vuelto a sus aguas. La salvaje embriaguez de orgullo y de alegría se había calmado y se había ido convirtiendo en una alegría tranquila, dulce, complaciente, silenciosa, una especie de honda, innominada e inenarrable satisfacción. En todos los rostros estaba impresa una apacible y santa felicidad.

Luego se produjo una transformación. Fue una transformación gradual, tan gradual que apenas se percibió al principio, casi nadie se dio cuenta, salvo Jack Halliday, que se daba cuento de todo y siempre se reía de todo, fuese lo que fuese. Jack empezó por hacer observaciones sarcásticas, diciendo que el aire de la gente no era tan feliz como un par de

días antes; luego afirmó que el nuevo talante se iba convirtiendo en positiva tristeza; después que se volvía enfermizo y, finalmente, que todos estaban tan cavilosos, pensativos y distraídos, que habría podido robarles hasta el último centavo de los bolsillos sin turbar sus sueños.

Llegas a este punto poco más o menos los jefes de familia de las diecinueve casas más impar.

A la hora de ir a la cama generalmente con un suspiro dejaban escapar esta reflexión:

-¡Ah! -¿Cuál habrá sido la indicación que hizo Goodson?

E inmediatamente con un escalofrío llegaban estas palabras de la esposa del cabeza de familia:

-¡Oh, no digas eso!

-¿Qué cosas horribles estás rumiando? ¡Quítatelas de la cabeza, por amor de Dios!

Pero aquellos hombres volvían a formular la pregunta la noche siguiente... y obtenían la misma respuesta, aunque más débil.

Y, al llegar la tercera noche, de nuevo se repetía la pregunta, con angustia y aire distraído. Esta vez y la noche siguiente las mujeres hacían un nervioso y débil movimiento de protesta y trataban de decir algo. Pero no lo decían.

Y a la noche siguiente reencontraban su voz y respondían con anhelo:

-¡Ah, si pudiéramos adivinarla!

Los comentarios de Halliday se volvían cada día más despectivos y desagradables. Se paseaba sin cesar, riéndose de la ciudad ya como algo individual, ya en su conjunto. Pero aquella risa era la única que quedaba en Hadleyburg, y caía en medio de un espacio vacío y desierto. No se veían nada más que caras largas. Halliday llevaba por todas partes una cigarrera montada sobre un trípode, simulando que se trataba de una cámara fotográfica y detenía a los paseantes y les enfocaba y decía:

-¡Atención! Muestren una cara agradable, por favor.

Pero ni siquiera esta broma podía sorprender a los melancólicos rostros y suavizarlos.

Así transcurrieron tres semanas, ya sólo faltaba una. Era la noche del sábado, después de la cena.

En vez del habitual ajetreo y agitación y bullicio y la alegría y la gente de compras propios de los sábados por la noche, las calles estaban desiertas y desoladas. Richards y su vieja esposa estaban sentados en su salón, enfrascados en lúgubres pensamientos Ésta era la costumbre de todas los noches. La vieja costumbre de leer, tejer o charlar apaciblemente o recibir o hacer visitas a los vecinos batía desaparecido, olvidada desde hacía muchísimo tiempo... hacía dos o tres serranas. Ahora nadie conversaba, nadie leía, nadie hacía visitas. Todos se quedaban sentados en sus casas, suspirando, inquietos, silenciosos, intentando averiguar esa Famosa frase.

El cartero dejó una carta. Richards miró con indiferencia la letra del cobre v el sello, ambos desconocidos, y tiró la carta .sobre la mesa y reanudó sus conjeturas y sus irremediables y tristes congojas en el punto donde las dejara. Dos o tres horas después su esposa se levantó con aire cansado y se disponía .1 marcharse a la cama sin darle las buenas noches cosa normal ahora, pero se detuvo cerca de la carta y la miró durante unos instantes con apagado interés; luego la abrió y comenzó a recorrerla rápidamente con los ojos. Richards, que esta sentado con la silla echada hacia atrás contra la pared y el mentón entre las rodillas, ovó caer algo. Era su esposa. Se abalanzó sobre ella pura levantarla, pero la señora Richards exclamó:

-¡Déjame en paz! Me siento demasiado feliz. Lee la carta... ¡Léela!

La leyó. La devoró con los ojos, mientras su cerebro trepidaba. La carta provenía do un Estado lejano y decía:

Usted no me conoce, pero es lo mismo; necesito decirlo albo. Acabo de volver de Méjico y me he enterado de ese episodio. Desde luego usted no sabe quién hizo esa indicación, pero yo soy la única persona viva que lo sabe. Fue Goodson. Le conocí muy bien hace muchos años. Pasé por la ciudad de Hadleyburg esa misma noche y fui su huésped hasta la llegada del tren de medianoche. Le oí hacerle esa indicación al forastero en la oscuridad, en Hale Alley. El y yo conversamos sobre el asunto durante el trayecto a su casa y luego fumando un puro. Goodson mencionó u machos de ustedes, en el transcurso de la conversación, refiriéndose a la mayoría en forma muy poco lisonjera, pero habló de dos o tres favorablemente, entre ellos de usted. Digo favorablemente y nada más. Recuerdo haberle oído decir que no le gustaba en realidad ninguno de sus convecinos, ni uno solo, pero que usted creo que dijo usted, estoy casi seguro le había hecho un gran favor en cierta ocasión, posiblemente sin saber su verdadero valor y me dijo que, si hubiese tenido un patrimonio, se lo habría dejado a usted al morir y una maldición a cada tino de sus conciudadanos. Pues bien: si fue usted quien le hizo ese favor; es usted su legítimo heredero y fierre derecho al talego de oro. Sé que puedo confiar en su honor y en su honradez, porque en un ciudadano de Hadleyburg tales virtudes constituyen un patrimonio que no falta. Por esto, le revelaré esa frase, coca el convencimiento de que, si no fuera usted la persona buscada, usted la buscará y la encontrará y cuidará de que la deuda de gratitud del pobre Goodson por el favor mencionado sea pagada.

La frase es la siguiente: «USTED DISTA MUCHO DE SER UN HOMBRE MALO: VÁYASE Y REFÓRMESE»

HOWARD L. STEPHENSON

-¡Oh, Edward! -El dinero m nuestro y me siento tan contenta, tan contenta!... -¡Bésame, querido!

-¡Hace tanto tiempo que no nos ciamos un beso!... Y necesitamos tanto el dinero... y ahora estás libre de Pinkerton y de su banco; ya no somos esclavos de nadie... Me parece que sería capaz de volar de alegría.

La pareja pasó media hora feliz sobre el canapé, acariciándose: habían vuelto los días de antaño, los días que empezaron con su noviazgo y que duraron sin interrupción hasta que el forastero trajera su mortífero oro. Al poco rato la esposa dijo:

-¡Oh, Edward!...

-¡Qué suerte tuvimos de que le hicieras aquel gran favor al pobre Goodson! Goodson nunca me gustó, pero ahora siento afecto por él. Y fue muy hermoso el que nunca mencionaras el asunto ni te jactaras de haber hecho tal favor.

Luego, en tono de reproche, la señora Richards agregó:

-Pero debiste habérmelo dicho, Edward... Debiste habérselo dicho a tu esposa.

-Bueno... Yo... Como comprenderás, Mary...

-Ahora déjate de tartamudear y cuéntame eso, Edward. Siempre te quise y ahora estoy orgullosa de ti. Todos creen que sólo hubo un alma generosa en esta ciudad, y ahora resulta que tía... -¿Por qué no me lo cuentas, Edward?

-Este... Pero...

-¡No puedo, Mary!

-¿No puedes?

-¿Por qué no puedes?

-Te diré... Él... él... Bueno... El caso es que me obligó a prometer que no lo contaría.

La mujer de Richards lo miró de arriba abajo y dijo con mucha lentitud:

-Te... lo hizo... prometer?

-¿Por qué me dices eso, Edward?

-Crees que yo sería capaz de mentirte, Mary?

Turbada, se quedó en silencio durante un rato, luego puso su mano en la de su marido y dijo:

-No... No. En tu vida has dicho una mentira, pero ahora que los cimientos de las cosas parecen estar desmoronándose bajo nuestros pies, nosotros... nosotros...

Por un momento la señora Richards se quedó sin voz y luego dijo desfalleciendo:

-No nos dejes caer en la tentación... Creo que has hecho realmente esa promesa, Edward. Así sea. Dejemos el asunto. Ahora... todo eso ha pasado, volvamos a ser felices; no es hora de nubes.

A Edward le costó un gran esfuerzo complacerla, porque su espíritu no hacía sino vagar, tratando de recordar qué favor le había hecho a Goodson.

La pareja pasó despierta la mayor parte de la noche. Edward preocupado, pero no muy feliz. Mary haciendo proyectos sobre qué haría con el dinero. Edward trataba de recordar aquel favor.

Su conciencia se sentía atormentada por una pizca de amargura, pensando en la mentira que le había dicho a su mujer... si se trataba de una mentira. Y si se trataba de una mentira, -¿qué? -¿Era una cosa tan grave? Después de todo, -¿no nos comportamos quizá de forma mentirosa? Y entonces, -¿por qué no mentir? Mirad a Mary, por ejemplo; mientras él se apresuraba a hacer su acto de honradez, -¿qué estaba haciendo Mary? -¡Lamentarse de que los papeles no hubiesen sido destruidos y de no haberse quedado con el dinero! -¿Es acaso mejor robar que mentir?

Este punto perdió ahora su aguijón; la mentira pasó a un segundo plano, dejando tras sí el consuelo. Pero existía aún otro problema:

-¿Había hecho él efectivamente ese favor? Estaba el testimonio del mismo Goodson, como se podía leer en la carta de Stephenson. No podía haber mejor testimonio: era hasta la prueba de que había hecho el favor. Desde luego. De modo que el punto quedaba resuelto. No, no del todo. Recordó con sobresalto que aquel desconocido señor Stephenson tenía alguna duda sobre si la persona que había hecho el favor era Richards o algún otro... y...

-¡Dios mío! -¡Había dejado en sus manos una cuestión de honor! Él mismo tenía que decidir adónde debía ir a parar el dinero, y el señor Stephenson no dudaba de que, si él no era el hombre tascado, iría honestamente en busca del mismo. -¡Oh!, era terrible poner a un hombre en semejante situación.

-¡Ah! -¿Por qué habría expresado Stephenson aquella duda? -¿Por qué había querido aquella intromisión?

La meditación prosiguió.

-¿Cómo se explicaba que Stephenson recordara el nombre de Richards como aquél que había hecho el favor y no algún otro nombre? Esto tenía buen aspecto. -Sí, muy buen aspecto. En realidad, su aspecto era cada vez mejor..., hasta que se convirtió en una verdadera prueba. Y entonces Richards la expulsó inmediatamente de su espíritu, porque su instinto personal le decía que, cuando quedaba establecida una prueba, era preferible dejarla así.

Ahora se sentía razonablemente cómodo, pero quedaba aún otro detalle, que se le imponía. Desde luego él había hecho aquel favor, esto ya estaba admitido, pero -¿en qué consistía el favor? Era indispensable recordarlo; no se iría a dormir mientras no lo

recordara. Y así se puso a pensar. Y pensó, pena, pensó uno docena de cosas favores posibles, -hasta probables-, pero ninguno le parecía adecuado, ninguno de ellos parecía lo bastante grande, ninguno de ellos parecía valer aquel dinero, la fortuna que Goodson quería dejarle en su testamento. Y, además, el no recordaba haberlo hecho. Y bien... Y Bien.. ¿Qué clase de favor podía ser para tornar tan exageradamente agradecido a un hombre.

-¡.Ah!

-¡Debía ser la salvación de su alma! Sin duda, se trataba de eso. Ahora recordaba cómo había emprendido antaño la tarea de convertir a Goodson y cómo había trabajado en eso durante no menta de...; iba a decir tres meses, pero después de un examen más detenido disminuyó el término a un mes, luego a uno semana, después a un día, finalmente a nada. -Sí, ahora recordaba y con poco grata nitidez que Goodson !e había dicho que se fuera al diablo y que se ocupara de sus asuntos. -¡Él no tenía ganas de seguir a Hadleyburg en el paraíso!

Por eso aquella solución estaba equivocado: él no había salvado el alma de Goodson. Richards se sintió desalentado. Al poco tiempo se le ocurrió otra idea. ¿Habría salvado los bienes de Goodson ? No, eso aro: Goodson carecía de bienes.

-¿Su vicia? ¿Eso era! Naturalmente. Debía de habérsele ocurrido untes. Esta vez, con seguridad, estaba sobre la verdadera pista. E1 molino de su imaginación empozo a funcionar empecinadamente al cubo de un instante.

Después, durante dos fatigosas horas, se dedicó' a salvarle la vicia a Goodson. La salvaba en todo tipo de formas difíciles y peligrosas. En todos los casos la salvaba satisfactoriamente hasta cierto punto. Luego, cuando estaba empezando a convencerse de que aquello había sucedido realmente así, aparecía un molesto detalle que hacía todo inverosímil. Como cuando lo salvaba de morir ahogado, por ejemplo. En ese caso Richards arrastraba a Goodson hasta la orilla en estado de inconsciencia, mientras una multitud miraba y aplaudía, pero, cuando ya lo había pensado todo y estaba empezando a recordarlo, aparecía un conjunto de detalles insalvables: toda la ciudad tendría conocimiento del hecho, también lo tendría que saber Mary y él mismo debía recordarlo muy bien, en lugar de ser un insignificante favor que le había hecho "posiblemente sin saber su verdadero valor". Y, en este punto, Richards recordó que, además, él no sabía nadar.

Ah... había un punto que se le había pasado por alto desde el principio: debía haber un favor que le había hecho "posiblemente sin saber su verdadero valor". Esto habría limitado las investigaciones. Y así, precisamente con esto, poco a poco, encontró el hilo del asunto. Goodson, muchos años antes, había estado a punto de casarse con una dulce y linda muchacha llamada Nancy Hewitt, pero sin saber muy bien por qué el noviazgo se había roto. La muchacha murió; Goodson siguió siendo soltero y poco a poco se convirtió en un hombre amargado, que despreciaba abiertamente al género humano. Poco después de morir Nancy, la ciudad descubrió o creyó descubrir que aquélla había tenido algo de sangre negra en las venas. Richards trabajó durante no poco tiempo con estos detalles y por fin, le pareció recordar cosas relativas a aquella historia, que se le habían perdido en la memoria. Le pareció recordar vagamente que era él quien había descubierto lo de la sangre negra, que era él quien se lo había dicho a la ciudad, que la ciudad le había comunicado a Goodson la fuente del hallazgo, que él había salvado así a Goodson de casarse con una muchacha de color, que él le había hecho aquel gran favor "sin saber su verdadero valor", pero que Goodson sabía su valor y que se bahía salvado a duras penas del peligro y por eso se había ido a la tumba agradecido a su benefactor y lamentando no poder dejarle un patrimonio. Todo resultaba ahora claro y simple, y cuanto más lo meditaba Richards, más claro y

seguro se sentía. Finalmente, cuando se acurrucó para dormir satisfecho y feliz, recordó todo aquello como si hubiese ocurrido el día anterior. En realidad recordaba vagamente que Goodson le había expresado su gratitud en cierta ocasión. Mientras tanto Mary había invertí, do seis mil dólares en una casa nueva para sí y un par de pantuflas para su pastor, y luego se había quedado apaciblemente dormida.

El mismo sábado por la noche el cartero había entregado una carta a cada uno de los demás ciudadanos importantes de Hadleyburg: diecinueve cartas en total. Los sobres eran todos distintos, y la caligrafía de la dirección era también distinta, pero las carros contenidas eran idénticas en todos sus detalles, menos en uno. Eran copias exactas de la carta recibida por Richards hasta la letra, y todas iban firmadas por Stephenson, pero, en lugar del nombre Richards, figuraba el del respectivo destinatario.

Durante el transcurso de la noche los otros dieciocho ciudadanos importantes hicieron lo que hacía a la misma hora su conciudadano Richards: aplicaron sus energías a recordar el notable favor que le hicieran inconscientemente a Barclay Goodson. En ninguno de los casos resultaba fácil la tarea; con todo, tuvieron éxito. Y mientras estaban entregados a aquel trabajo, que era difícil, sus esposas consagraban la noche a gastar el dinero, cosa mucho más fácil. Durante aquella sola noche las diecinueve esposas gastaron un promedio de siete mil dólares coda una de los cuarenta mil contenidos en el talego: ciento treinta y tres mil dólares en total.

Al día siguiente Jack Halliday se llevó una sorpresa. Advirtió que los rostros de los diecinueve ciudadanos más importantes de Hadleyburg y los de sus esposas mostraban nuevamente aquella expresión de apacible y santa felicidad. Esto le resultó incomprensible y, por lo demás, no logró inventar observación alguna al respecto que pudiese cambiarla o turbarla.

Y por eso le llegó el turno de mostrarse insatisfecho de la vida. Sus conjeturas sobre los motivos de la felicidad fracasaron en todos los casos. Al encontrarse con la señora Wilcox y advertir el placido éxtasis de su rostro, Jack Halliday se dijo: «Su gata ha tenido gatitos», y fue a preguntárselo a la cocinera de aquélla; no era verdad. La cocinera bahía notado el aspecto de felicidad, pero ignoraba la causa. Al advertir la reiteración del éxtasis en el rostro de Billson "tabla rasa" (su apodo), tuvo la convicción de que algún vecino de Billson se había roto una pierna, pero la averiguación le demostró que no había ocurrido esto. El reprimido éxtasis del rostro de Gregory Yates sólo podía significar que se le había muerto la suegra, pero, tampoco esto era verdad. Y Pinkerton... Pinkerton... ha cogido en el aire diez centavos que estaba a punto de perder. Y así sucesivamente. En algunos casos las suposiciones quedaban en situación de dudosas; en otros, resultaban equivocadas. Por fin Halliday se dijo: Sea como fuere, es evidente que diecinueve familias de Hadleyburg están provisionalmente en el paraíso. No sé cómo ha ocurrido, sólo sé que la Providencia está hoy de vacaciones».

Un arquitecto y constructor del Estado contiguo se había aventurado a instalar una pequeña empresa en aquella localidad poco prometedora y su placa estaba colgada ya desde hacía una semana, pero no se había hecho vivo ni un cliente: el arquitecto estaba desanimado y lamentaba haber venido. Pero su humor cambió súbitamente. Una tras otra le visitaron las esposas de los ciudadanos importantes y le dijeron:

-Venga a mi casa el lunes, pero no hable del asunto por ahora. Tenemos la intención de construir.

El arquitecto recibió ese día once invitaciones. Por la noche le escribió a su hija ordenándole que rompiese su noviazgo con el estudiante. Le dijo que se` podría casar con un mejor partido.

Pinkerton, el banquero; y otros dos o tres hombres acomodados pensaban construir casas de campo..., pero esperaban. Los hombres de esa clase no cuentan sus pollos antes de que estén incubados.

Los Wilson planearon una grandiosa novedad: un baile de mascaras. No hicieron promesas concretas, sino que les dijeron confidencialmente a sus amistades que se lo estaban pensando y que seguramente lo harían, y, si lo hacemos, usted cero invitado, desde luego». La gente se mostraba sorprendida y se decía: Esos pobres Wilson están locos. No pueden permitírselo, Algunas de las diecinueve esposas les dijeron en privado a sus maridos: «La idea es buena; esperaremos a que hayan dado ese baile de pacotilla y luego nosotros daremos otro que causará vértigo...

Los días pasaron y la cuenta de los futuros derroches cada vez más, con creciente desenfreno, con aturdimiento y temeridad cada vez mayores. Parecía que los diecinueve ciudadanos importantes de Hadleyburg no sólo gastarían sus cuarenta mil dólares antes de cobrarlos, sino que estarían completamente endeudados cuando fueran a cobrarlos. En algunos casos la gente ligera de cascos no se conformaba con los proyectos de gastos, sino que realmente gastaba... a crédito. Compraba tierras, granjas, títulos, buena ropa, caballos y otras cosas; pagaba al contado la señal... y se comprometía a pagar el resto a los diez días. Luego vino la segunda fase, y Halliday advirtió que una horrible ansiedad comentaba a hacer su aparición en muchos rostros. Volvió a sentirse intrigado y no supo cómo interpretar aquello. «Los gatitos de Wilcox no han muerto, porque no han nacido; nadie se ha roto una pierna; no ha tenido lugar una reducción en el número de suegras, no ha sucedido nada... El misterio es impenetrable, había, además de Halliday, otro hombre intrigado: el reverendo Burgess. Desde hacía días, adondequiera que iba, la gente parecía seguirlo o acecharlo; y, si se encontraba alguna vez en un sitio retirado, podía tener la seguridad de que aparecería uno de los diecinueve vecinos importantes y le pondría a hurtadillas en la mano un sobre y le murmuraría: ,Para abrir el viernes por la noche en el ayuntamiento», y desaparecía luego con aire culpable. Esperaba aunque con muchas dudas, pues Goodson estaba muerto que alguien diese un paso adelante pidiendo el talego lleno de dinero, pero nunca se le había ocurrido que hubiese toda una multitud de pretendientes. Cuando por fin llegó el gran viernes, comprobó que tenía diecinueve sobres.

III

El ayuntamiento nunca había presentado un aspecto tan impresionante. En el fondo del estrado se veía un llamativo grupo de banderas. Ice trecho en trecho, a lo largo de las paredes, había guirnaldas de banderas; el frente de las galerías estaba revestido de banderas y las columnas que las sostenían estaban envueltas en banderas. Todo aquello tenía como objeto impresionar a los forasteros, porque acudirían muchos, sobre todo en representación de la prensa. El salón estaba lleno. Los cuatrocientos doce asientos fijos, ocupados, como también las sesenta y ocho sillas suplementarias colocadas en los pasillos. Los peldaños del estrado estaban ocupados. A algunos forasteros distinguidos les habían dado asiento en el

estrado. Junto a la herradura de mesas que cercaban el frente y los costados del estrado, se hallaba sentado un nutrido grupo de corresponsales especiales llegados de todas partes. Era el salón mejor adornado que jamás hubiera visto la ciudad. Había algunos tocados tirando a lujosos y, en algunos casos, las damas que los lucían parecían no estar familiarizadas con aquel tipo de vestidos. Al menos, así lo creía la, ciudad, pero la idea quizá se debiera a que la ciudad sabía que aquellas damas nunca se habían metido en aquellos vestidos.

El talego de oro estaba sobre una mesita en el primer plano del estrado, donde todos los presentes podían verlo. La mayor parte de éstos lo contemplaban con apasionado interés, con tal interés, que se le boca agua: con un interés ansioso y patético.

Una minoría de diez o nueve parejas lo contemplaba con ternura, amorosamente, con ojos de dueños, y la mitad masculina de esa minoría ensayaba los conmovedores discursitos de gratitud que poco después, de pie, pronunciarían en respuesta a los aplausos y felicitaciones del público. De vez en cuando uno de ellos extraía del bolsillo del chaleco un trocito de papel y le echaba un vistazo a hurtadillas para refrescar la memoria.

Naturalmente se oía un murmullo de conversación; como sucede siempre en estas ocasiones. Finalmente, cuando el reverendo Burgess se puso en pie y apoyó la mano en el talego, se habría podido oír el roer de sus microbios, tal era el silencio reinante. Burgess narró la curiosa historia del talego, luego prosiguió hablando con calurosas palabras de la antigua y bien ganada reputación de Hadleyburg por su intachable honradez y por el legítimo orgullo que los habitantes sentían por esta reputación. Dijo que dicha fama era un tesoro de inestimable valor, que, merced a la Providencia, ese valor se había acrecentado ahora considerablemente, ya que el nuevo suceso había difundido su fama por todas partes y atraído así los ojos del mundo americano sobre la ciudad y convertido el nombre de Hadleyburg, para siempre así lo esperaba y creía en sinónimo de incorruptibilidad comercial [Aplausos].

-¿Y quién ha de ser el guardián de este noble tesoro? -¿Toda la comunidad? -¡No! La responsabilidad es individual, no colectiva. A partir de hoy cada uno de ustedes, en su propia persona, es su guardián especial, y es individualmente responsable de que ese tesoro no sufra menoscabo alguno.

-¿Aceptarán ustedes, acepta cada uno de ustedes, esa gran misión? (Tumultuoso asentimiento). Entonces, bien. Transmítanla a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Hoy la honradez de ustedes está por encima de todo reproche: cuiden de que siga estándolo. Hoy no hay en esta comunidad una sola persona que pueda ser empujada a tocar un penique ajeno: cuiden de mantenerse siempre en ese estado de gracia. («-¡Cuidaremos de ello, ¡Cuidaremos de ello!») Ésta no es la ocasión indicada paro establecer comparaciones entre nosotros y las demás ciudades, algunas poco amables con nosotros. Islas tienen sus costumbres y nosotros, las nuestras. Démonos por satisfechos. (Aplausos) He terminado. Tajo mi mano, amigos míos, reposa el elocuente reconocimiento de lo que significamos, hecho por un Forastero: merced a su intervención, el mundo sabrá siempre lo que somos. No sabemos quién os, pero en nombre de ustedes le expreso nuestra gratitud y les pido que expresen, con una aclamación, su acuerdo.

La concurrencia se levantó como un solo hombree hico retumbar los muros con los aplausos de su gratitud durante un largo minuto. Luego se sentó, y el señor Burgess sacó un sobre del bolsillo. La concurrencia contuvo el aliento mientras Burgess rasgaba el sobe y extraía de él una hojita de papel. Leyó su contenido con tono lento y solemne, mientras el auditorio escuchaba con extática atención aquel documento mágico. Corla una de sus

palabras valía un lingote de oro: «La indicación que le hice a aquel atribulado forastero fue: Usted dista mucho de ser un hombre malo; váyase y refórmese.»

Luego continuó:

-Dentro de un momento sabremos si la indicación aquí citada corresponde a la escondida en el talego, y, si resulta ser así y así será, indudablemente, este talego de oro le corresponderá a un conciudadano que será desde ahora para esta nación el símbolo de la virtud que ha dado fama a nuestra ciudad en el país.

-¡El señor Billson!

Los presentes se habían preparado para desencadenar la debida tempestad de aplausos, pero, en el lugar de hacerlo, se sintieron afectados de una especie de parálisis. Luego, durante unos instantes, reinó un profundo silencio seguido de una ola de murmullos que recorrió el salón. Todos ellos eran de este tenor:

-¡Billson!

-¡Venga, vamos, esto es demasiado extraño!

-¡Billson dando veinte dólares a un forastero... o a cualquier otro. -¡A otro con ese cuento!» En este momento los presentes contuvieron repentinamente el aliento en un nuevo acceso de sor y presa al descubrir que, mientras en un extremo del y salón el diácono Billson se había puesto en pie con la cabeza abatida en gesto de mansedumbre, el abogado Wilson estaba haciendo otro tanto en el otro extremo. Durante unos momentos reinó un silencio de asombro.

Todos estaban intrigados y diecinueve parejas se sentían sorprendidas e indignadas.

Billson y Wilson se volvieron y se miraron fijamente. Billson preguntó con tono seco:

-¿Por qué se levanta usted, señor Wilson? Porque tengo derecho a hacerlo. -¿Sería tan amable de explicarle al público por qué se ha levantado?

-Con sumo placer. Porque fui yo quien escribí ese papel.

-¡Impúdica falsedad! Lo escribí yo.

Esta vez Burgess se quedó petrificado. Estaba de pie mirando alternativamente a uno y otro, que reclamaban con los ojos en blanco, y al parecer no sabía qué hacer. Los presentes estaban estupefactos. Por fin, el abogado Wilson habló y dijo:

-Le pido a la presidencia que lea la firma que lleva ese papel.

Esto hizo reaccionar ala presidencia, que leyó el nombre: John Wharton Billson.»

-¡Exacto! gritó Billson.

-¿Qué tiene que decir ahora?

-¿Y qué tipo de excusas nos ofrecerá a mí y a este agraviado público por la impostura que ha tratado de representar aquí?

No les debo excusa alguna, señor. Y en cuanto a lo demás, le acuso públicamente de haberla robado mi papel al señor Burgess y de haberlo sustituido con una copia firmada con su propio nombre. Es imposible que usted haya llegado a conocer, de alguna otra forma, la frase en la que se basaba la prueba. Sólo yo, entre todos los seres de este mundo, poseía el secreto de la frase.

Las cosas prometían tomar un cariz turbio, si esto proseguía así: todos advirtieron con aflicción que los taquígrafos estaban garabateando con loco frenesí, y muchos gritaron:

-¡La palabra al presidente!

-¡Presidente!

-¡Orden!

-¡Orden!

Burgess golpeó repetidamente la mesa con su maza, y dijo:

No olvidemos la debida corrección. Evidentemente ha habido un error, pero eso es todo.

-Si el señor Wilson me ha dado un sobre, y ahora recuerdo que me lo dio, aún está en mi poder.

El reverendo Burgess sacó un sobre del bolsillo, lo abrió, lo miró fugazmente, reveló sorpresa c inquietud y permaneció en silencio durante unos instantes. Luego pitó la mano de un modo vago y mecánico e hizo un par de esfuerzos por decir algo, pero renunció a hacerlo, con aire desalentado. Varias voces gritaron:

-¡Léalo! -¡Léalo! -¿Qué dice?

De modo que el reverendo empezó, con aire aturdido y sonámbulo:

«La indicación que le hice a aquel atribulado, forastero, dice: Usted dista de ser un hombro tríalo.

(La concurrencia lo miró, maravillada) Váyase y refórmese. (Murmullos:

-¡Asombroso! -¿Qué quiere decir esto?»)

Este papel manifestó el presidente está firmado por Thurlow G. Wilson.

-¡Exacto! exclamó Wilson.

-¡Supongo que eso lo aclara todo! Yo sabía perfectamente que mi papel había sido robado.

-¡Rolado! replicó Billson. Le advierto que ni usted ni ningún hombre de su catadura puede arriesgarse a...

PRESIDENTE:

-¡Orden, caballeros!

-¡Orden! Les ruego que se sienten.

Los dos autores de los escritos obedecieron, meneando la cabeza y gruñendo irritados. El público estaba profundamente intrigado; no sabía cómo explicarse aquel curioso suceso. Al poco rato se puso de pie Thompson. Thompson era el sombrerero. Le habría gustado ser uno de los diecinueve ciudadanos importantes, pero tal destino no era para él. Sus existencias de sombreros no bastaban para asegurarle semejante posición. Y dijo:

-Señor presidente, permítaseme, una sugerencia... ¡No podrían estar en lo cierto ambos caballeros? Le sugiero esto...

-¿No podrían ambos haberle dicho casualmente las mismísimas palabras al forastero?

Me parece que el curtidor se puso de pie y le interrumpió. El curtidor era un hombre amargado; se creía con méritos para figurar entre los diecinueve importantes, pero no podía conseguir que se lo reconocieran, lo que le hacía algo desagradable en sus modales y en su manera de hablar. Dijo:

-¡Vamos, no se trata de eso! Eso puede ocurrir dos veces en cien años, pero no lo otro. -¡Ninguno de los clon clip los veinte dólares!

Un estallido de aplausos.

Billson:

-¡Yo los di!

Wilson: -¡Yo los di!

Luego se acusaron mutuamente de robo.

PRESIDENTE: -¡Orden! Les ruego que se sienten. Ninguno de los sobres ha estado fuera de mis bolsillos ni un momento. UNA voz: Entonces...

-¡Eso lo soluciona todo!

CURTIDOR: Señor presidente, hay algo muy evidente: uno de esos hombres ha estado fisgando bajo la cama del otro y robando secretos de familia.

-Si la insinuación es poco democrática, haré notar que ambos son capaces de ello. [PRESIDENTE: -¡Orden! -¡Orden!»] Retiro la insinuación, señor, y me limitaré a sugerir que, si uno de ellos ha oído por casualidad al otro mientras revelaba a su mujer la famosa frase, podemos descubrirlo ahora.

UNA VOZ: -¿Cómo?

CURTIDOR: Fácilmente. Ninguno de los dos ha citado la frase con palabras exactamente iguales. Ustedes lo habrían notado, si no hubiera mediado un inconsiderable espacio de tiempo y una excitante pelea entre ambas lecturas.

UNA VOZ: Diga la diferencia.

CURTIDOR: La palabra mucho está en la carta de Billson y no figura en la otra.

MUCHAS VOCES: Así es -¡Tiene razón!

CURTIDOR: Y por lo tanto, si la presidencia consiente examinar la indicación encerrada en el talego, sabremos cuál de estos dos impostores (PRESIDENTE: «-¡Orden! -¡Orden!»]..., cuál de estos dos aventureros... [PRESIDENTE: -¡Orden! -¡Orden!]..., cuál de estos dos caballeros... Risas y aplausos] tiene derecho a ostentar el título de primer fanfarrón deshonesto jamás criado en esta ciudad..., ;a la cual ha deshonrado y que será desde ahora para él un lugar asfixiante! [Fuertes aplausos.]

MUCHAS VOCES: -¡Ábralo! -¡Abra el talego!

El reverencio Burgess pegó un corte en el talego, metió la mano dentro y sacó un sobre. En él se hallaban dos papeles doblados. El reverendo dijo:

-Uno de estos papeles contiene la frase: «No deberá ser examinada, hasta que no se hayan leído todas las comunicaciones escritas dirigidas a la presidencia, si las hubiere». Sobre el otro papel está escrito: Prueba. Un momento. Dice así: «Yo no exijo que la primera mitad de la indicación de mi benefactor sea repetida con toda exactitud, porque no era muy notable y puede haber sido olvidada, pero sus quince palabras finales sí que son notables y las creo fáciles de recordar, y, a no ser que éstas sean reproducidas con exactitud, el que reclame será considerado un impostor. Mi benefactor empezó diciendo que él rara vez daba un consejo, pero añadió que, cuando lo daba, el consejo llevaba siempre el sello de mucha calidad. Luego dijo esto... que El hombre que corrompió Hadleyburg nunca se me ha borrado de mi memoria: ..Usted no es malo .....

CINCUENTA VOCES: Eso aclara todo. -¡El dinero es de ¡Wilson! -¡Wilson! -¡Wilson! -¡Que hable! -¡Que hable!

Todos se levantaron de un salto y se agolparon alrededor de Wilson, estrujándole la mano y felicitándolo con fervor, mientras el presidente descargaba golpes con su maza y gritaba:

-¡Silencio, caballeros!

-¡Silencio!

-¡Silencio!

Permítanme que termine de leer, por favor.

Al restablecerse el silencio, se reanudó la lectura, oyéndose lo siguiente:

«Váyase y refórmese, o, recuerde mis palabras, un día, por sus pecados, morirá e irá al infierno o a Hadleyburg... PROCURE ACABAR EN EL INFIERNO»

Hubo un silencio espantoso. Primero, sobre los rostros de los ciudadanos comenzó a cernirse una nube de enojo; tras una pausa, la nube empezó a disiparse y una expresión divertida trató de ocupar su sitio y lo intentó con tal esfuerzo, que sólo pudo evitarse con grande y penosa dificultad. Los reporteros, los nativos de Brixton y demás forasteros abatieron sus cabezas y protegieron sus rostros con las manos y lograron contenerse con mucho esfuerzo y heroica cortesía. En ese inoportuno momento estalló en medio del silencio el bramido de una voz solitaria, la de Jack Halliday:

-¡Esto sí que es un buen consejo!

Entonces los presentes, incluso los forasteros, cedieron. Hasta la gravedad del señor Burgess se desmoronó en el acto y el público se consideró oficialmente libre de toda contención y usó su privilegio al máximo. Fue una buena y prolongada tanda de riquezas y de risas tempestuosamente sinceras, pero que por fin cesó, durando lo bastante para que el señor Burgess intentara reanudar su discurso y para que la agente se secara parcialmente los ojos. Luego Burgess patio proferir estas graves palabras: Es inútil que tratemos de disimular el hecho.

Nos encontramos frente a un asunto muy importante. Está en juego el honor de nuestra ciudad, amenaza su buen nombre. La diferencia de una sola palabra entre los textos presentados por el señor Wilson y por el señor Billson era, en sí misma, una cuestión muy seria, ya que demostraba que uno de estos dos señores era culpable de robo Los dos hombres aludidos estaban sentados con la cabeza gacha, pasivos, aplastados; pero, al oír estas palabras, se movieron como electrizados e hicieron ademán de levantarse -¡Siéntense! dijo el presidente bruscamente; ambos obedecieron. Eso, como acabo de decir, era una cosa seria. Y lo era..., pero sólo para uno de y ellos. Con todo, el asunto ha tomado un cariz más grave, porque ahora el honor de ambos está en peligro. -¿Debo ir más allá aún y decir que se trata de un peligro que no se puede desenredar? Ambos han omitido las palabras decisivas.

El reverendo hizo una pausa. Dejó que durante unos instantes el silencio que impregnaba todo se espesara y aumentase sus solemnes efectos y añadió:

-Aparentemente esto sólo puede haber ocurrido de una manera. Yo les pregunto a estos caballeros: -¿Ha habido cohesión, acuerdo? 'Un suave murmullo se insinuó entre el público; su significado era: «Los ha acorralado...

Billson no estaba acostumbrado a estas situaciones, se quedó sentado, con la cabeza gacha. Pero Wilson era abogado. Se puso de pie con esfuerzo, pálido y afligido, y dijo:

-Solicito la indulgencia del público mientras explico este penoso asunto. Lamento decir lo que voy a decir, !tiesto que ofenderé de forma irreparable al señor Billson, a quien he estimado y respetado siempre hasta ahora, y en cuya invulnerabilidad a la tentación creí siempre a pie juntillas como todos ustedes. Pero debo hablar en defensa de mi propio honor. y con franqueza. Confieso avergonzado y les suplico me perdonen que le dije al forastero arruinado todas las palabras contenidas en la frase, incluidas las últimas ofensivas. [Suspiro entre el público. Cuando los periódicos hablaron de esto, las recordé y resolví reclamar el talego de dinero, ya que me sentía con derecho al mismo desde todos los puntos de vista. Ahora les pido a ustedes que tengan en cuenta este punto y lo mediten bien: que la gratitud del forastero para mí esa noche no tenía límites, que él mismo manifiesto no encontrar palabras adecuadas para exhumarla y que, si podía hacerlo, me devolvería algún día el favor centuplicado. Y bien... Ahora les pregunto: ¿Podía esperar..., podía creer..., podía siguiera imaginar remotamente que, dados tales sentimientos, ese hombre cometería un acto tan desagradecido como añadir a su prueba las quince palabras completamente:

innecesarias, tendiéndome una trampa, haciéndome aparecer como difamador de mi propia ciudad ante mis propios convecinos reunidos en un salan público? Era absurdo, era imposible. Su prueba contendría solamente la bondadosa cláusula inicial de mi observación. Yo no dudaba lo más mínimo. Ustedes habrían pensado lo mismo en mi lugar No habrían esperado tan vil traición de un lumbre a quien protegieran y a quien no agraviaran en modo alguno. Y por eso, con perfecta confianza, con perfecta buena fe, escribí sobre un trozo de papel las palabras iniciales, terminando con un Váyase y refórmese, y las firmé. Cuando me disponía a poner la carta en un sobre, me llamaron para que fuera a un despacho de mi oficina y, sin pensarlo, dejé la carta abierta sobre mi escritorio. Wilson se detuvo, volvió lentamente la cabeza hacia Billson, esperó un momento y añadió:

-Les pido que tomen nota de esto: cuando volví, poco después, el señor Billson salía por la puerta principal de mi oficina. [Suspiros.]Inmediatamente Wilson se puso de pie y gritó: -¡Es mentira! -¡Es una mentira infame!

PRESIDENTE: -¡Siéntese, señor! El señor Wilson no ha acabado aún.

Los amigos de Wilson lo obligaron a sentarse y lo calmaron. Wilson prosiguió:, Éstos son los hechos escuetos. Mi carta, cuando volví, estaba colocada en un lugar distinto del escritorio. Me di cuenta del hecho, pero no le di importancia, creyendo que la había cambiado de sitio una corriente de aire. No podía ocurrírseme que el señor Billson leyera una carta privada: se trataba de un hombre honorable y debía estar por encima de eso. Permítanme observar que su palabra extra, mucho, se explica perfectamente: cabe atribuirla a un defecto de memoria. Yo era el único hombre del mundo que podía proporcionar aquí los detalles de la frase con medios honorables. He terminado., Nada hay más adecuado en el mundo que un discurso persuasivo para confundir la máquina mental y trastornar las convicciones y seducir las emociones y de un público inexperto en las tretas y engaños de ,la oratoria. Wilson se sentó victorioso. Los presentes, lo ahogaron en oleadas de aprobatorios aplausos; los amigos se pusieron a su alrededor y le estrecharon la mano y le felicitaron. A Wilson lo obligaron a callar a gritos y no se le permitió decir una sola palabra. El presidente descargó golpes y más golpes con su maza y no hizo más que gritar: ¡prosigamos, caballeros! -¡Prosigamos!

Finalmente, hubo un relativo silencio y el sombrerero dijo:

-Pero, -¿qué hay que proseguir, señor, sino a entregar el dinero?

VOCES: -¡Eso es! -¡Eso! -¡Adelante, Wilson!

SOMBRERERO: Pido tres vítores para el señor Wilson, símbolo de la típica virtud de...

Los vítores estallaron antes de que el sombrerero pudiese terminar, y en medio de los vítores y también del clamor de la masa varios entusiastas subieron a Wilson sobre los hombros de un corpulento amigo y se dispusieron a llevarle en triunfo al estrado. Entonces la voz del presidente se elevó por encima del tumulto...

-¡Orden! -¡Cada uno a su sitios Ustedes olvidan que falta aún por leer un documento.

Cuando se hubo restablecido el silencio, el reverendo tomó el documento y se disponía ya a leerlo, pero lo abandonó nuevamente, diciendo:

-Lo olvidaba... Esto no debe leerse antes de leer todas las comunicaciones escritas recibidas por mí.

Burgess sacó un sobre del bolsillo, extrajo su contenido, arrojó sobre él una rápida mirada, pareció sorprendido y se quedó contemplándolo fijamente.

Veinte o treinta voces gritaron:

-¿Qué dice ese papel?

-¡Léalo!

-¡Léalo!

Y el reverendo Burguess lo leyó... lentamente y con tono vacilante:

-La indicación que le hice al forastero

[Voces: -¡Eh! -¿Qué es eso? fue la siguiente: Usted dista de ser un hombre malo. VOCES: ¡Santo Dios!») Váyase y refórmese. [UNA vez: ¡Que me condenen!»)

Firmado par el señor Pinkerton, el banquero.

El barullo de carcajadas que se desató entonces fu e de los que pueden arrancarles lágrimas a los más sosegados. Los que carecían de puntos vulnerables rieron hasta que se les saltaron las lágrimas., los reporteros, en espasmos de risa, anotaron, garabatos indescifrables y un perro dormido se levantó de un salto, asustadísimo, y ladró sin parar ante. el tumulto. Entre el tumulto general, se oían todo tipo de gritos: Nos estamos enriqueciendo'. ;Dos Símbolos de incorruptibilidad! -¡Eso, sin contar con Billson!~ -¡Tres! -¡Cuenten a Tabla rasa! -¡Hay lugar puro todos!, „-¡Muy bien! -¡Billson es el elegido! Hay pobre Wilson, víctima de dos ladrones!»

VOZ POTENTE: ¡Silencio! El presidente acaba de sacar algo del bolsillo.

VOCES: ¡Hurra! -¿Algo nuevo? -¡Léalo! -¡Léalo! -¡Léalo!

PRESIDENTE: [Leyendo]: La indicación que le hice , etcétera. Usted dista de ser¡ un hombre malo. Váyase..., etcétera. Firmado, Gregory Yates.

TUMULTO DE VOCES: -¡Cuatro Símbolos! ¡Hurra por Yates! -¡Saque otro!

En el salón había muchas ganas de hacer jaleo y estaban decididos a disfrutar de todo el placer que pudiese brindar la oportunidad. Varios de los diecinueve ciudadanos importantes, con aire pálido y afligido, se pusieron en pie y empezaron a abrirse camino hacia los pasillos, pero se oyeron numerosos gritos: -¡Las puertas, las puertas! -¡Cierren las puertas!

-¡Que no salga ninguno de los incorruptibles) -¡Que se sienten todos!

El mandato fue obedecido.

-¡Saque otro! -¡Léalo! -¡Léalo!

El presidente volvió a sacar un sobre y brotaron nuevamente las familiares palabras 'Usted dista de ser un hombre malo.

-¡El nombre! -¡El nombre!

-L. Ingoldsby Sargent.

-¡Cinco elegidos! -¡Pongámoslos todos juntos, _uno encima de otro! -¡Adelante, adelante!

Usted dista de ser a:

-¡El nombre! -¡El nombre!

-Nicholas Whitworth.

-¡Hurra! -¡Hurra! -¡Hoy es un día feliz!

Alguien comenzó a cantar estas palabras con la bonita música de la melodía Cuando ten hombre tiene miedo, una .hermosa doncella..., de la opereta El mikado.[1] El público con alborozo hizo coro y entonces, un instante después, alguien aportó otro verso:

Y no olvides esto ... »

[1] Se trata de una ópera bufa en dos actos, con música de Arthur Sullivan y libreto de W. S. Gilbert. Representada por primera vez en 1885 en el Savoy Threatre de Londres por Richard D'Oyly Carte, es quizá la obra más popular de Gilbert y Sullivan.

Y todos los presentes lo repitieron con fuertes vozarrones. Inmediatamente otro aportó otro verso: «Lo corruptible está lejos de Hadleyburg...» El público lo festejó también estruendosamente.

Al extinguirse la última nota, la voz de Jack Halliday se elevó aguda y clara, grávida, con un verso final:

Pero no duden de que los Símbolos están aquí!

Lo cantaron con atronador entusiasmo. Luego la satisfecha concurrencia empezó por el principio y repitió dos veces los cuatro versos, con enorme ímpetu y vibración, y los remató con un estrepitoso triple vítor un viva final por Hadleyhurg la incorruptible y todos los Símbolos a los que esta noche consideremos dignos de recibir el sello de garantía.

Entonces los gritos a la presidencia se reanudaron en todo el recinto: -¡Siga! -¡Siga! -¡Lea! -¡Lea más! -¡Lea todo lo que tenga!

-¡Eso! -¡Siga! -¡Conseguiremos una fama inmortal!

En ese momento se levantaron una docena de hombres y empezaron a protestar. Dijeron que la farsa era obra de algún perverso bromista y que significaba un insulto para toda la ciudad. Sin duda, las Firmas eran todas falsas -¡Siéntense! -¡Siéntense! -¡Cállense! Ustedes están confesando. Encontraremos sus nombres en el montón.

-¿Cuántos de esos sobres tiene, señor presidente?

El presidente contó.

-Junto con los ya examinados, diecinueve.

Estalló una tempestad de aplausos burlones. Quizá todos contienen el secreto. Propongo que el presidente abra todos y lea todas las firmas que figuran en los papeles... y también que lea las primeras ocho palabras de cada uno.

-¡Apoyo la moción!

Se puso con práctica y se llevó adelante ruidosamente. Entonces el pobre viejo Richards se puso de pie y también su esposa se puso a su lado, con la cabeza gacha, paro que nadie advirtiera sus lágrimas. Su marido le dio el brazo y, mientras la sostenía así, comenzó a hallar con voz trémula:

-Amigos míos... Ustedes nos conocen a los dos, a Mary y a mí, desde que estamos en este mundo, y creo que nos han querido y respetado...

El presidente lo interrumpió:

-Permítame. Es completamente cierto lo que nos dice, señor Richards. Esta ciudad los conoce a ustedes, los quiere, los respeta; más aún, los honra y los ama...

La voz de Halliday resonó de manera estridente:

-¡También ésta es una verdad!

-Si el presidente tiene razón, que el público hable y lo diga.

-¡Arriba! Ahora, vamos...

-¡Hip!

-¡Slip! -¡Hurra!

-¡Todos a una!

El público se puso en pie a la vez, volvió sus rostros hacia la anciana pareja, llenó el aire de una nevada de pañuelos que se agitaban y profirió los vítores con todo

el afecto de su corazón.

Entonces, el presidente prosiguió:

-Lo que yo iba a decir era esto: Conocemos su buen corazón, señor Richards, pero éste no es el momento pura ejercer la caridad con los transgresores de la moral Gritos de: «-

¡Exacto! -¡Exacto!..). Leo en el rostro de ustedes dos su generoso propósito, pero no puedo permitirles que defiendan a esos hombres...

-Pero yo iba a...

-Le ruego que tome asiento, señor Richards. Debemos examinar el resto de esos sobres; lo exige la más mínima equidad para con los hombres que hemos dejado ya al descubierto. Apenas se haya hecho esto, le doy mi palabra de que le escucharemos.

MUCHAS VOCES: -¡Muy bien! -¡El presidente tiene razón! -¡No puede permitirse interrupción alguna a estas alturas! -¡Siga! -¡Los nombres! -¡Los nombres! -¡De acuerdo con los términos de la moción!

La anciana pareja se sentó a regañadientes y el marido le murmuró a la esposa:

Es clarísimo tener que esperar. Nuestra vergüenza será mayor que nunca cuando se descubra que sólo íbamos a interceder por nosotros.

Nuevamente volvió a desatarse el alborozo con la lectura de los nombres.

-Usted dista de ser un hombre malo... Firmado, Robert J. Titmarsh.

-Usted dista de ser un hombre malo... Firmado, Eliphalet Weeks. -Usted dista de ser un hombre malo... Firmado, Oscar B. Wilder.

A estas alturas, a la concurrencia se le ocurrió la -¡idea de arrebatar las siete palabras de la boca del presidente. Éste se lo agradeció. A partir de aquel momento levantaba, vez por vez, el papel, y se quedaba esperando. Y, cada vez, los presentes entonaban las siete palabras con un efecto compacto, sonoro y cadencioso (que, por otra parte, mostraba un audaz y parecido con un bien conocido salmo religioso). Usted distaaa de ser un maaaalo hombre maaaalo. Luego el presidente decía: “Firmado, Achibald Wilcox”. Y así sucesivamente, nombre tras nombre, y todos lo pasaban cada vez mejor y se sentían más satisfechos, salvo los desventurados diecinueve. De vez en cuando, al pronunciarse un nombre particularmente brillante, el público hacía esperar al presidente mientras canturreaba el total de la frase, desde el principio hasta las palabras finales -¡E irá al infierno y a Hadleyburg...; procure que sea lo primeeeero!», y en esos casos especiales, los presentes añadían un magnífico y atormentado e imponente ¡Amén!»

La lista mermaba, mermaba, mermaba, mientras el pobre viejo Richards llevaba la cuenta, experimentando un sobresalto cuando se leía un nombre parecido al suyo y esperando, con dolorosa expectación, que llegara el momento en que tendría el penoso privilegio de ponerse de pie con Mary y de acabar su defensa, que se proponía cerrar con estas palabras: “...porque, hasta ahora, jamás hemos hecho nada in y correcto y hemos seguido nuestro humilde camino de nudo irreprochable. Somos muy pobres, .somos viejos ~ no tenemos quien cuide de nosotros: nos veíamos terriblemente tentados, y caímos. Cuando me levante antes, mi propósito era confesar y pedir que no fuese leído en este lugar público, porque nos podría que no podríamos soportarlo, pero se me impidió hacerlo. Es justo. Nos correspondía sufrir con los demás. Esto ha sitio duro para nosotros. Es la primera vez que hemos oído salir mancillado nuestro nombre de unos labios. Sean ustedes misericordiosos, en nombre de días mejores. Hagan que nuestra ve riqueza sea leve de llevar, en la medida concedida por vuestra caridad.

En este punto de sus meditaciones, Mary le dio un codazo al advertirle distraído. El público canturreaba “Usted dista de ...”, etcétera.

-Prepárate -murmuró Mary.- Tu nombre llegará de un momento a otro; ha leído dieciocho.

El salmodiar terminó.

-¡El próximo! -¡El próximo! -¡El próximo!- llegó una andanada de todos los presentes.

Burgess metió la mano en el bolsillo. La anciana pareja, trémula, empezó a levantarse. Burgess hurgó un momento en sus bolsillos y luego dijo:

-Por lo visto ya los he leído todos.

Desfallecida por la alegría y la sorpresa, la pareja se desplomó sobre sus asientos y Mary susurró:

-¡Oh, bendito sea Dios! -¡Estamos salvados! -¡Ha perdido nuestro sobre! -¡Yo no cambiaría esto por un centenar de esos talegos! Los presentes entonaron de nuevo su parodia de El mikado y la cantaron tres veces con creciente entusiasmo, poniéndose en pie al entonar por tercera vez el verso final:

¡Pero no duden de que los Símbolos están aquí!

Acabaron con vítores y un viva final por »La pureza de Hadleyburg y de nuestros dieciocho inmortales representantes Entonces Wingate, el guarnicionero, se puso de pie y propuso vítores por »el hombre más limpio de la ciudad, el único ciudadano importante de Hadleyburg que no intentó robar el dinero: Edward Richards».

Los vítores fueron proferidos con grande y conmovedora cordialidad; luego alguien propuso que Richards fuese elegido único guardián y símbolo de la e ahora sagrada tradición de Hadleyburg, con poder y derecho a afrontar todo el sarcástico mundo cara a cara.

Se aprobó por aclamación. Luego la concurrencia volvió a cantar El mikado y terminó con:

«¡Pero no duden de que los Símbolos están aquí!» Hubo una pausa, luego.

UNA voz: Y bien... -¿Quién recibirá el talego?

CURTIDOR (con amargo sarcasmo): Eso es fácil. El dinero debe ser dividido entre los dieciocho incorruptibles, entre quienes dieron al atribulado forastero veinte dólares por cabeza y la famosa indicación y cada uno por su cuenta. El desfile de la procesión tardó al menos veintidós minutos. Pagaron al forastero trescientos sesenta dólares. Quieren solo que se les devuelva su préstamo más los intereses o sea, cuarenta mil dólares en total.

MUCHAS VOCES (sarcásticamente): -¡Muy bien! -¡Que se lo repartan, que se lo repartan! -¡Hay que ser misericordiosos con los pobres, no les hagan esperar! ' PRESIDENTE: -¡Orden! Ahora leeré el documento final del forastero. Dice: «-Si no apareciese nadie a reclamar la cantidad (coro de gritos, deseo que usted abra el talego y entregue el dinero a los ciudadanos más importantes de la ciudad, que deberán tomarlo en fideicomiso [gritos de: .,-¡Oh! -¡Oh! -¡Oh!»] y utilizarlo en la forma que le parezca preferible para la propagación y conservación de la incorruptible honradez de esa ciudad (más gritos, una reputación a la cual sus nombres y esfuerzos añadirán un nuevo y lejano esplendor,,. (Entusiasta estallido de sarcásticos aplausos./ Eso parece ser todo. No. Aquí, hay una postdata:

P. D.: CIUDADANOS DE HADLEYBURG: La indicación no existe. Nadie dijo tal cosa. [Gran suspiro./No hubo tal forastero pobre, ni dádiva de veinte dólares, ni bendiciones ni cumplido adjuntos. Todo eso son invenciones. (Zumbido general y canturreo de sorpresa y placer] Permítanme que les cuente mi historia, bastará con unas pocas palabras. En cierta ocasión pasé por Hadleyburg y sufrí una profunda ofensa, que no merecía. Cualquier otro se habría conformado con matar a uno o dos de ustedes y con ello se hubiera dado por satisfecho, pero a mí esto me pareció un desquite trivial e inadecuado: los muertos no sufren. Además, yo no podía matarlos a todos y, por otra parte, siendo como

soy, ni aún eso me habría dejado satisfecho Quise perjudicar a tocaos los hombres de la ciudad y a todas las mujeres, y no en sus cuerpos o en sus fortunas, sino en su orgullo, el punto en que es más vulnerable la gente débil y tonta. De modo que me disfracé y volví y les estudié. Ustedes eran presa fácil. Tenían una antigua y elevada reputación de honradez y, naturalmente, se enorgullecían de ella: la honradez era el tesoro de los tesoros, la niña de sus ojos. Apenas hube descubierto que se mantenían ciudadosa y atentamente y mantenían a sus hijos al margen de la tentación, supe cómo debía proceder. -¿No comprenden ustedes, seres simplones, que la más débil de todas las cosas débiles es la virtud que no ha sido probada por el fuego? Esbocé un plan y reuní una lista de nombres. Mi proyecto consistía en corromper a Hadleyburg la incorruptible. Mi intención era convertir en mentirosos y ladrones a cerca del medio centenar de hombres y mujeres intachables, que jamás profirieran una mentira ni rogaran un penique en su vida. Temí a Goodson. Éste no había nacido en Hadleyhurg ni se había criado en esa ciudad. 'temí que, si empezaba a ejecutar mi plan exponiendo mi carta ante ustedes, se diría: Goodson es el único de nosotros que hubiera sido capaz de darle veinte dólares a un pobre diablo» y que, entonces, no habrían mordido mi cebo. Pero el cielo se lleve a Goodson, entonces comprendí que yo estaba a salvo y eché mi caña y puse el cebo. Quizá no atrapara a todos los hombres a quienes envié por correo el presunto secreto, pero atraparía a la mayoría de ellos, si conocía el temperamento de Hadleyburg. [VOCES: «Es exacto. Los atrapó a todos.»). Estoy convencido de que, por miedo de perderlo, llegaríais a robar hasta lo que es con toda evidencia .dinero de juego», vosotros, pobres víctimas de una educación equivocada y de la tentación. Confío en aplastar para siempre vuestra vanidad y en darle a Hadleyburg una nueva reputación, esta vez duradera, y que llegará lejos. -Si he obtenido éxito, abran c talego y convoquen a la comisión para la propagación y salvaguarda de la reputación de Hadleyburg».

UN CICLON DE VOCES: -¡Ábranlo!... -¡Ábranlo! -¡Que se adelanten los dieciocho! -¡La comisión para la propagación de la tradición! -¡Que se adelanten los incorruptibles!

El presidente abrió el talego, lo vació, recogió un puñado de relucientes monedas anchas, amarillas; las juntó, luego las examinó.

-¡Amigas, no son más que discos de plomo dorados!

Hubo un estruendoso estallido de satisfacción al oír la noticia, y, cuando se hubo acallado el alboroto, el curtidor exclamó:

-Por derecho de aparente prioridad en el asunto el seno-¡ Wilson es presidente de la comisión para la propagación de la tradición. Sugiero que se adelante en nombre de sus compañeros y reciba en fideicomiso el dinero.

UN CENTENAR DE voces: -¡Wilson! -¡Wilson! -¡Wilson!

-¡Que hable! -¡Que hable! Wilson (con voz trémula de ira): Permítanme que diga, sin pedir excusas por mi lenguaje: ,Maldito sea el dinero!» UNA VOZ: -¡Oh! -¡Y es baptista!

OTRA VOZ: -¡Quedan diecisiete Símbolos! -¡Adelante, caballeros, y háganse cargo del fideicomiso!

Hubo una pausa sin respuesta.

GUARNICIONERO: Señor presidente, nos queda una hombre limpio de la difunta aristocracia; ese hombre necesita dinero y lo merece. Propongo que se de signe a Jack Halliday para que suba al estrado y ponga a subasta ese talego de piezas doradas de veinte dólares y le dé el resultado al hombre que lo mere ce, al hombre a quien Hadleyburg se complace en honrar: Edward Richards.

Esto fue acogido con gran entusiasmo, con nueva intervención del perro. E1 guarnicionero inició la puja con un dólar, la gente de Brixton y el re presentante de Barnum pujaron con fuerza, la gen te vitoreó a cada salto que daban las apuestas; la excitación creció cada vez más; el brío de los interesados fue en aumento y se volvió cada vez más audaz; los saltos llevaron de un dólar a cinco, luego, a diez, luego, a veinte, luego, a cincuenta, luego, a cien, luego. A1 empezar la subasta, Richards le susurró acongojado a su esposa:

-¡Mary! -¿Podemos permitir esto? Es... es... ya lo ves, una recompensa a la honradez, un testimonio de honestidad de ánimo y... y... -¿podemos permitirlo? -¿No será mejor que me ponga en pie y... -¡Oh Mary! -¿Qué debemos hacer? -¿Qué crees que?... [LA voz DE Halliday: -¡Dan quince! -¡Quince por el talego!... -¡Veinte!... -¡Ah, gracias! -¡Treinta!,.. -¡Gracias! -¡Treinta, treinta, treinta! ;E le oído decir cuarenta? -¡Cuarenta! -¡Hagan rodar la bola, caballeros, háganla rodar! -¡Cincuenta! -¡Gracias, noble romano! -¡Vamos, cincuenta, cincuenta, cincuenta! -¡Setenta! -¡Noventa! -¡Espléndido! -¡Cien! -¡Quién da más, quién da más! -¡Ciento veinte! -¡Ciento cuarenta! -¡A tiempo! -¡Ciento cincuenta! -¡Doscientos! -¡Soberbio! -¿He oído dos...? -¡Gracias! -¡Doscientos cincuenta!»] _Es otra tentación, Edward... Estoy temblando... Pero... -¡Oh! Hemos escapado a otra tentación, y eso debería ponernos en guardia para... [-¿He oído seiscientos? -¡Gracias! Seiscientos cincuenta, seiscientos cin... -¡Setecientos]. Y, con todo, Edward, si se piensa... nadie sospecha... [«-¡Ochocientos dólares! -¡Hurra! -¡Digamos novecientos! -¿Le he oído bien, señor Parsons?... -¡Gracias! -¡Novecientos! -¡Este noble talego de plomo puro que se va por sólo novecientos dólares, con dorado y todo!... -¡Vamos! -¿He oído?... -¡Mil! -¿Dijo alguien mil cien? -¡Un talego que será el más célebre del mundo! -¡Oh, Edward. Y empezó a sollozar. -¡Somos tan pobres! Pero..., pero... Haz lo que te parezca mejor..., haz lo que te parezca mejor...

Edward estaba desfallecido, esto es, sentado y sumido en silencio; con la conciencia no muy tranquila, pero abrumado por las circunstancias.

Mientras tanto, un forastero, con aire de detective aficionado, vestido como un inverosímil conde inglés, había estado observando el desarrollo de la velada con manifiesto interés y expresión de júbilo, comentando el asunto consigo mismo. Su soliloquio.

Se desarrollaba ahora, más o menos, así: «Ninguno de los dieciocho formula una oferta, y esto no está bien. Hay que cambiarlo; lo impone la unidad dramática. Esa gente tiene que comprar el talego que intentara robar, y tiene que pagar por él un precio muy alto. Algunos de ellos son ricos. Y otra cosa: cuando yo cometo un error, en relación con la naturaleza de Hadleyburg, el hombre que me ha hecho caer en ese error tiene derecho a una alta remuneración, y alguien tiene que pagarla. Ese pobre viejo Richards ha puesto en ridículo mis capacidades de discernimiento: es un hombre honrado. No lo entiendo, pero lo reconozco. -Sí: ha visto mi póquer con una escalera, y el plato le corresponde por derecho. -¡Y será un plato abundante, si funciona mi sistema! Me ha 'decepcionado, pero no importa.

El forastero seguía atentamente la puja. Al llegara mil dólares, el mercado se desmoronó; los preciosa flojaron pronto dando tumbos. Esperó, y siguió observando. Un competidor se apartó de la puja; luego otro y otro más. Entonces el desconocido hizo un par de ofertas. Cuando las ofertas bajaron a diez dólares, él añadió cinco, alguien aumentó tres; el forastero esperó un momento y se lanzó a un salto de cincuenta dólares, y el talego fue suyo por mil doscientos cientos ochenta y dos dólares.

Los presentes estallaron en vítores y luego guardaron silencio, porque el forastero se había puesto en pie y levantaba la mano. Comenzó a hablar.

-Deseo decir unas palabras y pedir un favor. Comercio con objetos raros y tengo negocios con personas interesadas por la numismática en todas partes del mundo. De esta adquisición, así como es, yo le puedo sacar ventaja; conozco la forma, siempre que consiga vuestra aprobación, de poder obtener que cada una de estas monedas de plomo valgan como auténticas monedas de oro de veinte dólares, o quizá más. Dadme vuestra aprobación y yo le daré parte de mis ganancias al señor Richards, cuya invulnerable probidad han reconocido ustedes tan justa y cordialmente esta noche; su parte será de diez mil dólares y le entregaré el dinero mañana. Grandes aplausos del público. Pero la invulnerable probidad, hizo que los Richards se sonrojaran considerablemente; pero esto fue interpretado como falsa modestia, y no les causó daño.] -Si ustedes aprueban mi propuesta por una amplia mayoría, me gustaría que fueran clon tercios de votos, consideraré tal aprobación corno el consentimiento de la ciudad, y eso es todo lo que pido. A las cosas raras les ayuda siempre cualquier artificio capar efe suscitar curiosidad y de llamar la atención. Ice modo que, si ustedes me permiten grabar sobre cada una de estas aparentes monedas los nombres de los dieciocho caballeros que...

Las nueve décimas partes del público se levantaron inmediatamente incluido el perro y la propuesta fue aprobada entre un torbellino de aplausos y vivas.

El público se sentó y todos los Símbolos, a excepción del doctor Clay Harkness, se pusieron de pie protestando con vehemencia contra el ultraje propuesto, y amenazando con les niego que no me amenacen dijo el forastero tranquilamente. Conozco mis derechos legales y no acostumbro a dejarme intimidar por las fanfarronadas. /Aplausos/. El forastero se sentó.

En este momento el doctor Harkness vio una oportunidad. Era uno de los dos hombres más ricos de la ciudad, Pinkerton, el otro. Harkness era dueño de una casa de moneda, mejor dicho, de un popular medicamento patentado. Era candidato por uno de los partidos alas elecciones y Pinkerton lo era por otro. Se trataba de una carrera reñida y apasionada y cuyo apasionamiento aumentaba de día en día. Ambos tenían mucha hambre de dinero y cada uno había comprado una gran extensión de terreno con una finalidad: se tendería un nuevo ferrocarril y ambos querían salir elegidos y contribuir a que se trazara el itinerario en su beneficio. Un solo voto podía bastar para decidir el asunto, y con él, dos o tres fortunas. La suma en juego era grande, y Harkness, un especulador audaz. Estaba sentado junto al forastero. Se inclinó hacia él, mientras algunos de los demás Símbolos distraían al público con sus protestas y súplicas, y le preguntó en un susurro:

-¿Cuánto quiere por el talego?

-Cuarenta mil dólares.

-Le doy veinte.

-No.

-Veinticinco.

-No.

-Digamos treinta.

El precio es cuarenta mil dólares, ni un penique

menos. De acuerdo. Se los daré. Iré al hotel a las diez de la mañana. No quiero que esto se sepa; lo veré a usted en privado. De acuerdo.

Entonces el forastero se puso de pie y dijo a todos los presentes:

Se me está haciendo tarde. Los discursos de estos caballeros no carecen de mérito, de interés, de gracia; con todo, con vuestro permiso, voy a retirarme. Les agradezco a ustedes el gran favor que me han dispensado al acceder a mi petición. Le pido ala presidencia que

me guarde el talego hasta mañana y que le entregue estos tres billetes de quinientos dólares al señor Richards.

Los billetes fueron entregados a la presidencia después de pasar por varias manos.

-A las nueve vendré en busca del talego y a las once entregaré el resto de los diez mil dólares al señor Richards en persona, en su casa. -¡Buenas noches!

Luego el forastero salió del salón y dejó al público entre un gran alboroto, compuesto por una mezcla de vítores, la canción de Mikado, la desaprobación del perro y el coro: -¡Usted dista de ser un hombreee malooo! ¡A- a- a- amén!

IV

De regreso a su casa, los Richards debieron soportar felicitaciones y cumplidos hasta la medianoche. Luego se quedaron solos. Su aire era algo triste y permanecieron silenciosos y pensativos. Finalmente Mary suspiró y dijo:

-¿Crees que somos culpables, Edward?

-¿Muy culpables? Y sus ojos se posaron sobre el acusador terceto de graneles billetes de banco que estaba sobre la mesa, donde los visitantes que los felicitaron los habían contemplado con deleite y tocado con veneración.

Edward no contestó inmediatamente; luego suspiró y dijo vacilando:

-Nosotros , nosotros no pudimos evitarlo, Mary. !

-Eso... estaba predestinado. Todo está predestinado.

-Mary levantó los ojos y le miró con firmeza, pero el no le devolvió la mirada. Al poco rato ella dijo:

-Creo que las felicitaciones y elogios siempre saben bien. Pero... ahora me parece que .... Edward...

-¿Qué?

-¿Seguirás trabajando en el banco No .... no.

-¿Dimitirás?

Mañana por la mañana... por carta. Parece lo mejor. Richards abatió la cabeza sobre sus manos y murmuró:

-Antes yo no tenía miedo de que pasaran por mis manos ríos de dinero ajeno, pero... Estoy tan can sido, Mary Tan cansado tenemos que acostarnos.

A las nueve de la mañana el forastero fue a buscar el talego y se lo llevó al hotel en un cabriolé. A las diez, Harkness sostuvo con él una conversación confidencial. El forastero solicitó y obtuvo cinco cheques contra un banco de la ciudad, al portador, cuatro de mil quinientos dólares cada uno y uno de treinta y cuatro mil. Puso uno de los primeros en su cartera, y el resto, que representaba treinta y ocho mil quinientos dólares, fue colocado en un sobre y le añadió una carta, que escribió cuando Harkness se hubo marchado. A las once llamó a la casa de los Richards. La señora Richards atisbó por entre las persianas, se adelantó y recibió el sobre; el forastero desapareció sin pronunciar una sola palabra. Ella volvió sonrojada y con las piernas algo trémulas y dijo con voz entrecortada:

-¡Estoy segura de haberle reconocido! Anoche me pareció haberlo visto en alguna parte.

-Es el hombre que trajo aquí el talegos ..

-Estoy segura.

Entonces es también el falso Stephenson y el que ha dejado al descubierto a todos los ciudadanos importantes de la ciudad con su falso secreto. Y bien... Si Vea enviado cheques en lugar de dinero, también nosotros estamos al descubierto, después de haber creído escapar. Yo estaba empezando a sentirme bastante cómodo de nuevo, después de mi noche da descanso, pero el aspecto de ese sobre me causa vértigos. No es bastante voluminoso; ocho mil quinientos dólares, aun en los billetes de banco más grandes, abultan más.

-¿Qué hay de malo en los cheques, Edward? -¡Cheques firmados por Stephenson! Me habría resignado a aceptar los ocho mil quinientos dólares, si venían en billetes de banco, pues habría pensado que así está escrito, Mary. -¡Pero nunca he poseído mucho valor y no tengo suficiente valentía para tratar de cobrar un cheque firmado con ese nombre fatal! Eso sería una trampa. Ese nombre trató de atraparme; nos salvamos no sé cómo. Y, ahora, intenta otro procedimiento.

-Si se trata de cheques...

-¡Oh, Edward!

-¡Qué lástima! Y Mary tomó los cheques y se echó a llorar.

-¡Tíralos al fuego!

-¡Pronto! Debemos escapar ala tentación. Es una treta para que el mundo se burle de nosotros junto con los demás y...

-¡Dámelos, si tú no puedes hacerlo!

Richards le arrancó los cheques a su esposa y trató de que su presión no se debilitara hasta llegar a la estufa; pero era un ser humano, era cajero, y se detuvo un momento para asegurarse de la firma. Entonces, le faltó poco para desmayarse.

-¡Abanícame, Mary!

-¡Abanícame!

-¡Estos cheques valen oro!

-¡Oh, qué hermoso, Edward!

-¿Por qué?

-La firma es de Harkness.

-¿Qué misterio habrá debajo?

-¿Tú crees, Edward ?

-Mira esto... -¡Mira! Mil quinientos... mil quinientos... mil quinientos... y treinta y cuatro mil.

-¡Treinta y ocho mil quinientos dólares, Mary. El talego no vale doce dólares y Harkness... aparentemente... ha pagado un precio a la par.. .

-¿Y crees que todo eso va a parar a nuestras manos... en vez de los diez mil dólares?

-Así parece. Y los cheques, además, están extendidos al portador.

-¿Conviene eso, Edward? -¿Para qué sirve?

Es una insinuación para cobrarlos en algún banco lejano, supongo. Quizá Harkness no quiere que se sepa el asunto.

-¿Qué es eso? -¿Una carta?

-Sí. Venía con los cheques. La letra era de Stephenson, pero no había firma.

La carta decía: .. Soy un hombre desengañado. Su honradez es más, fuerte que cualquier, tentación. Yo no lo creía así, pero he sido injusto con usted en ese sentido y le ruego que me perdone; le hablo con sinceridad. Siento respeto por usted... y eso es también sincero. Esta ciudad no es digna de atarle las sandalias. Aposté conmigo a que, en su

austera ciudad, habría diecinueve hombres que se podían corromper. He perdido. Llévese todo el .fajo; se lo merece.

Richards exhaló un profundo suspiro y dijo:

"-Esto parece escrito con fuego... Quema tanto..., Mary Me siento acongojado de nuevo.

-Yo también. Ah, querido, ojalá...

- Pensar que él cree en mí, Mary.

-Oh, no digas eso, Edward... No puedo soportarlo.

-Si estas hermosas palabras fuesen merecidas, Mary, y Dios sabe que las merecí en otro tiempo, creo que daría los cuarenta mil dólares por ellas. Y guardaría este papel, que para mí representaría más que el oro y las joyas, y lo conservaría eternamente. Pero ahora... No podríamos vivir en la sombra de su acusadora presencia, Mary.

Richards arrojó el papel al fuego. Llegó un mensajero y le entregó un sobre.

Richards sacó una carta y la leyó. Era de Burgess.

Usted me salvó en una época difícil. Yo le salvé anoche. Fue a costa de una mentira, pero hice el sacrificio de buena gana y con un corazón agradecido. Nadie sabe, en esta ciudad, cuán valiente, huevo y noble es usted. En el fondo, usted no puede respetarme, sabiendo, como sabe, ese asunto del que se me acusa y por el que la opinión pública me ha condenado, pero le ruego que crea, al menos, que soy un hombre agradecido. Eso me ayudará a sobrellevar mi carga.

[Firmado] BURGESS

-Salvado nuevamente. -¡Y en qué condiciones! Richards tiró la carta al fuego.

-Ojalá me hubiese muerto, Mary. Ojalá no tuviese que ver con todo esto...

-Oh... Estamos viviendo días amargos, Edward. Días muy amargos. -¡Las puñaladas, a causa de su misma generosidad, son tan profundas, y se suceden tan rápidamente!

Tres días antes de las elecciones cada uno de los dos mil electores se encontró repentinamente en posesión de un valioso recuerdo: una de las famosas falsas monedas de oro de veinte dólares. Sobre su anverso, estaban grabadas las palabras:

LA INDICACIÓN QUE HICE AL ATRIBULADO FORASTERO FUE», y en el revés VÁYASE Y REFORMESE. [Firmado] PINKERTON.

Y de esta forma toda la escoria que había quedado de aquella bufa broma cayó sobre una sola cabeza, con y catastróficos efectos. Se renovó la hilaridad general y se concentró en Pinkerton; y la elección de Harkness fue un paseo. En los primeras veinticuatro horas que siguieron a la recepción de los cheques, las conciencias de los Richards se apaciguaron poco a poco, abatidas; la anciana pareja estaba aprendiendo a reconciliarse con el pecado cometido. Pero ahora debía aprender que el pecado, provoca nuevos terrores auténticos, cuando hay una posibilidad de que se descubra. Esto le, da un aspecto nuevo y más concreto e importante. En la iglesia el sermón dominical fue como de costumbre: se trataba de las mismas cosas de siempre dichas m la formo de costumbre y ellos las habían oído mil veces y las encontraban inocuas, casi sin sentido y adecuadas para dormir cuando se decían. Pero ahora aquello parecía distinto: el sermón parecía estar erizado de acusaciones y se hubiera dicho dm apuntan directa y especialmente contra la gente que ocultaba pecados mortales. Al salir de la iglesia, los Richards se alejaron lo más pronto que pudieron de la multitud que les felicitaba y se dieron prisa en volver a casa, helados, no se sabe muy bien por qué, -¡por unos temores vagos, sombríos, indefinidos. Y dio la casualidad de que vieran fugazmente al señor Hurgess al doblar éste una esquina. -¡El reverendo no prestó atención a su saludo! No los había visto, pero ellos lo desconocían. -¿Qué podía significar la conducta

de Burgess? Podía significar... podía significar... ;Oh! Una docena de cosas terribles. -¿Sabría Burgess que Richards podía haber probado su inocencia, m esa época lejana, y habría estado es pecando silenciosamente la oportunidad de ajustar cuentas Ya en casa, llenos de congoja, se pusieron a imaginar que la criada quizá había escuchado en el cuarto contiguo que Richards revelaba a su esposa la inocencia de Burgess. Luego Richards empezó a creer que había oído crujir un vestido en aquel cuarto y, finalmente, tuvo la convicción de haberlo oído. Resolvieron llamar a Sara, con un pretexto; si les había delatado al señor Burgess, se darían cuenta por su empacho. Le formularon varias preguntas, preguntas tan fortuitas e incoherentes y aparente mente carentes de sentido, que la muchacha tuvo la certeza de que los cerebros de ambos ancianos habían sido afectados por su repentina fortuna; el modo de mirar penetrante y escrutador de sus se ñores la asustó, y esto remató el asunto. Saya se sonrojó, se puso nerviosa y confusa y para los ancianos éstas fueron claras señales de culpabilidad, culpabilidad de una u otra especie terrible, y llegaron a la conclusión de que, sin duda, Sara era una espía y una traidora. Cuando volvieron a quedarse solos, comenzaron a relacionar muchas cosas inconexas, y los resultados de la combinación fueron terribles. Y, e cuando las cosas hubieron asumido el más grave cariz, Richards exhaló un repentino suspiro, y su es posa preguntó:

-¡Oh!

-¿Qué pasa?

-¿Qué pasa?

-¡La carta!

-¡La carta de Burgess! Su lenguaje, ahora me doy cuenta, era sarcástico.

Y citó una frase:... En el fondo, usted no puede respetarme, rabien ;,l' do, como sabe, ese ayunto, del que se me acusa. Y Richards añadió:

-¡Oh, todo está muy claro!

-¡Dios mío!

-¡Burgess sabe que yo sé! Ya ves la ingeniosidad de la frase.

Era una trampa... y yo caí en ella como un tonto. Y además, Mary...

-Ah... -¡Es espantoso!

-¡Sé que vas a decir...! Burgess no nos ha devuelto el sobre con la famosa frase.

-No la conserva para destruirnos. Mary, ya ha revelado nuestro secreto a algunos. Lo sé... Lo sé muy bien.

-¡Lo he visto en una docena de rostros ala salida de la iglesia!

-¡Ah! ¡Burgess no quiso contestar a nuestro saludo! -¡Él sabía qué había estado haciendo!

De noche llamaron al médico. Por la mañana se difundió la noticia de que la anciana pareja estaba enferma de cierta gravedad, postrada en cama debido ala agotadora excitación provocada por su golpe de suerte y por las repetidas felicitaciones, en opinión del médico. La ciudad estaba sinceramente acongojada, porque ahora la anciana pareja era casi lo único de lo que podía enorgullecerse.

A los dos días las noticias fueron peores aún. La` pareja deliraba y hacía cosas extrañas. Las enfermeras testimoniaron que Richards había exhibido cheques, por valor de ¿ocho mil quinientos dólares?

No..., por una suma sorprendente... -¡treinta y ocho mil quinientos dólares!

-¿Cuál podría ser la explicación de aquella suerte gigantesca?

Al día siguiente las enfermeras ofrecieron noticias más extravagantes. Habían decidido esconder los cheques por temor a que sufrieran algún daño, pero, cuando los buscaron, habían desaparecido de debajo de la almohada de Richards. El anciano dijo:

-Dejen en paz la almohada.

-¿Qué quieren?

-Creímos preferible que los cheques...

-Ustedes nunca volverán a verlos... Han sido destruidos. Provenían de Satanás. Vi sobre ellos el sello del infierno y comprendí que me habían sido enviados para entregarme al pecado.

Luego Richards se puso a parlotear diciendo cosas extrañas y terribles que no podían comprenderse claramente y que el médico ordenó a las enfermeras no divulgaran.

Richards había dicho la verdad: los cheques no volvieron a aparecer.

Una de las enfermeras debió de hablar soñando, porque a los dos días la ciudad conocía las palabras prohibidas; y éstas eran de un carácter sorprendente.

Parecían indicar que también Richards había sido uno de los pretendientes al talego y que Burgess había ocultado el hecho, pero, más tarde, con maldad, le había traicionado.

Burgess fue acusado por esto y lo negó con mucha decisión. Y dijo que no era bueno dar peso a los delirios de un viejo enfermo, que no estaba en sus cabales. A pesar de todo, la sospecha se notaba en el ambiente y corrían muchas habladurías.

Después de un par de días se informó de que las delirantes expresiones de la señora Richards se estafan convirtiendo en copias exactas de las palabras de su marido. La sospecha se acentuó, convirtiéndose en convicción, y el orgullo de la ciudad ante la honradez de su único ciudadano importante no desacreditado comenzó a empañarse y a menguar hasta extinguirse.

Pasaron seis días y hubo nuevas noticias. La anciano pareja estaba moribunda. El espíritu de Richards se despejó en sus últimos momentos y envió a buscar a Burgess. Éste dijo:

-Que nos dejen solos. Richards quiere decirme algo en privado.

-¡No! dijo Richards. Quiero testigos. Quiero que todos escuchen mi confesión, para poder morir "como un hombre y no como un perro. Yo era honrado, artificialmente como los demás, y como los demás he caído nada más que se presentó la tentación. Firmé una declaración mentirosa y reclamé ese miserable talego. El señor Burgess recordó que yo le hahía hecho un favor, y por gratitud (e ignorancia) suprimió mi sobre y me salvó. Ya recordaréis aquel asunto en el que se le acusó a Burgess hace años.

Mi testimonio, y sólo mi testimonio, pudo haberlo liberado de culpa y cargo; y fui un cobarde y permití que quedase deshonrado.

-No... no, señor Richards... Usted...

-Mi criada le contó mi secreto...

-Nadie me denunció nada Y, entonces, Burgess hizo algo natural y justificable; arrepentido de la cortesía que bahía tenido conmigo, con la que me bahía salvado, me dejó al descubrir. Yo... como merecía...

-¿Jamás! Yo juré...

-Le perdono de corazón.

Las apasionadas protestas de Burgess chocaron ron oídos sordos; el moribundo pasó a mejor vida sin saber que, una vez más, había sido injusto con Burgess. Su vieja esposa murió por la noche.

El último de los sagrados diecinueve había sido víctima del diabólico talego. La ciudad quedaba despojada del último jirón de su antigua gloria. Su duelo no fue llamativo, pero sí profundo.

Por un decreto de ley, accediendo a un ruego, se le permitid a Hadleyburg que cambiara su nombre por el do... no se preocupen, no diré cuál es... y que cambiara dos palabras del lema que durante muchas generaciones adornara el sello oficial de la ciudad.

Ahora ha vuelto a ser una ciudad honrada y tendrá que madrugar el que quiera sorprenderla mientras duerme indefensa.